



# **RETO VALORES E INCLUSIÓN SOCIAL SIGLO 21**

JORGE WOODBRIDGE GONZÁLEZ



## Ficha Cartográfica

**Woodbridge González, Jorge.**

**Reto Valores e Inclusión Social Siglo 21**

**1a Edición. Colección Costa Rica: Reto Siglo 21**

**Alajuela, Costa Rica. 2025**

**\_\_\_\_ pp. Ediciones JWG.**

**ISBN:**

**1.**

**2.**

Libro de conversaciones - Programa Reto Siglo 21.

Autor: Jorge Woodbridge González



Agradecimiento especial a Studio Hotel, Santa Ana



Diseño, diagramación y concepto editorial:

Juan Diego Otalvaro Ortega - [jd@theroversquest.org](mailto:jd@theroversquest.org)

[theroversquest.org](http://theroversquest.org)



Grabación y Filmación de Entrevistas:

Amanda Agüero - [framefilmsscr@gmail.com](mailto:framefilmsscr@gmail.com)

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra sin la autorización del autor.

Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción y difusión de los contenidos de este libro para fines educativos u otros no comerciales, siempre que se reconozcan los créditos de la obra en las citas y referencias.



# **Reto Valores e Inclusión Social Siglo 21**

**Por: Jorge Woodbridge González**

## **NOTA EDITORIAL**

Reto Valores e Inclusión Social Siglo 21 es un llamado urgente a reencontrarnos con lo que nos hace verdaderamente humanos. En un mundo marcado por la polarización, la desinformación y el vértigo de la tecnología, Jorge Woodbridge González nos invita a mirar hacia dentro y hacia adelante: hacia dentro, para redescubrir los valores que nos sostienen; hacia adelante, para construir una sociedad más justa, solidaria e inclusiva.

Este libro es parte de la colección Reto Siglo 21, un proyecto que ha venido explorando los grandes desafíos de nuestra época. En esta entrega, el enfoque es profundamente humano. Jorge Woodbridge González nos recuerda que sin valores no hay proyecto social que se sostenga, sin ética no hay economía que prospere, y sin inclusión no hay futuro que valga la pena ser vivido.

Cada capítulo es una invitación a reflexionar, pero también a actuar: desde la dignidad humana y la libertad personal, hasta la honestidad en la empresa, la solidaridad en la comunidad y el compromiso ciudadano en la democracia. Con un lenguaje cercano y emotivo, el autor combina teoría, experiencia y visión de futuro, integrando citas inspiradoras de pensadores universales y voces contemporáneas.

Reto Valores e Inclusión Social Siglo 21 es más que un libro: es una hoja de ruta para quienes creemos que Costa Rica puede ser un faro de convivencia, equidad y desarrollo humano en el siglo XXI. Un texto que busca encender antorchas en el corazón de cada lector para que, juntos, podamos tejer el nuevo pacto de valores que nuestra sociedad necesita.

CIUDADANOS COMPROMETIDOS

**RETO  
SIGLO  
21**

CON COSTA RICA

# ÍNDICE GENERAL

- 
- 6** Nota editorial
  - 14** Presentación

- 20** *Capítulo 1*  
El Pulso Ético de una Nación:  
Por qué los Valores son la Brújula que  
Sostiene Nuestra Convivencia

- 24** *Capítulo 2*  
El Corazón que Sostiene  
Nuestra Convivencia:  
La Dignidad Humana es la  
Base de todos los Valores

- 30** *Capítulo 3*  
El Arte de Elegir con Conciencia:  
La Libertad Auténtica Nace de la  
Responsabilidad

- 36** *Capítulo 4*  
Justicia, Equidad y Bien Común:  
Construir Sociedad es un Acto de  
Corazón y Responsabilidad

- 42** *Capítulo 5*  
Confianza y Credibilidad:  
La Coherencia entre lo que Somos,  
Decimos y Hacemos

- 48** *Capítulo 6*  
Respeto y Tolerancia:  
Cómo Transformar las Diferencias es el  
Mayor Tesoro de la Sociedad

## **54** *Capítulo 7*

Solidaridad y Cooperación:  
Cuando los Sueños se Vuelven Colectivos

## **62** *Capítulo 8*

Familia y Educación:  
Las Raíces del Árbol Social

## **68** *Capítulo 9*

Ciudadanía y Democracia:  
La Ética como Práctica Diaria

## **74** *Capítulo 10*

Trabajo y Economía:  
Dignidad, Esfuerzo y  
Responsabilidad Social

## **82** *Capítulo 11*

Conectados con Conciencia:  
La Ética Digital como Reflejo de  
Nuestra Humanidad

## **88** *Capítulo 12*

Sembradores del Mañana:  
Jóvenes, Valores y la Construcción  
de un Futuro Ético

## **96** *Capítulo 13*

Hilos de Fraternidad:  
Construir Comunidad desde  
el Amor al Prójimo

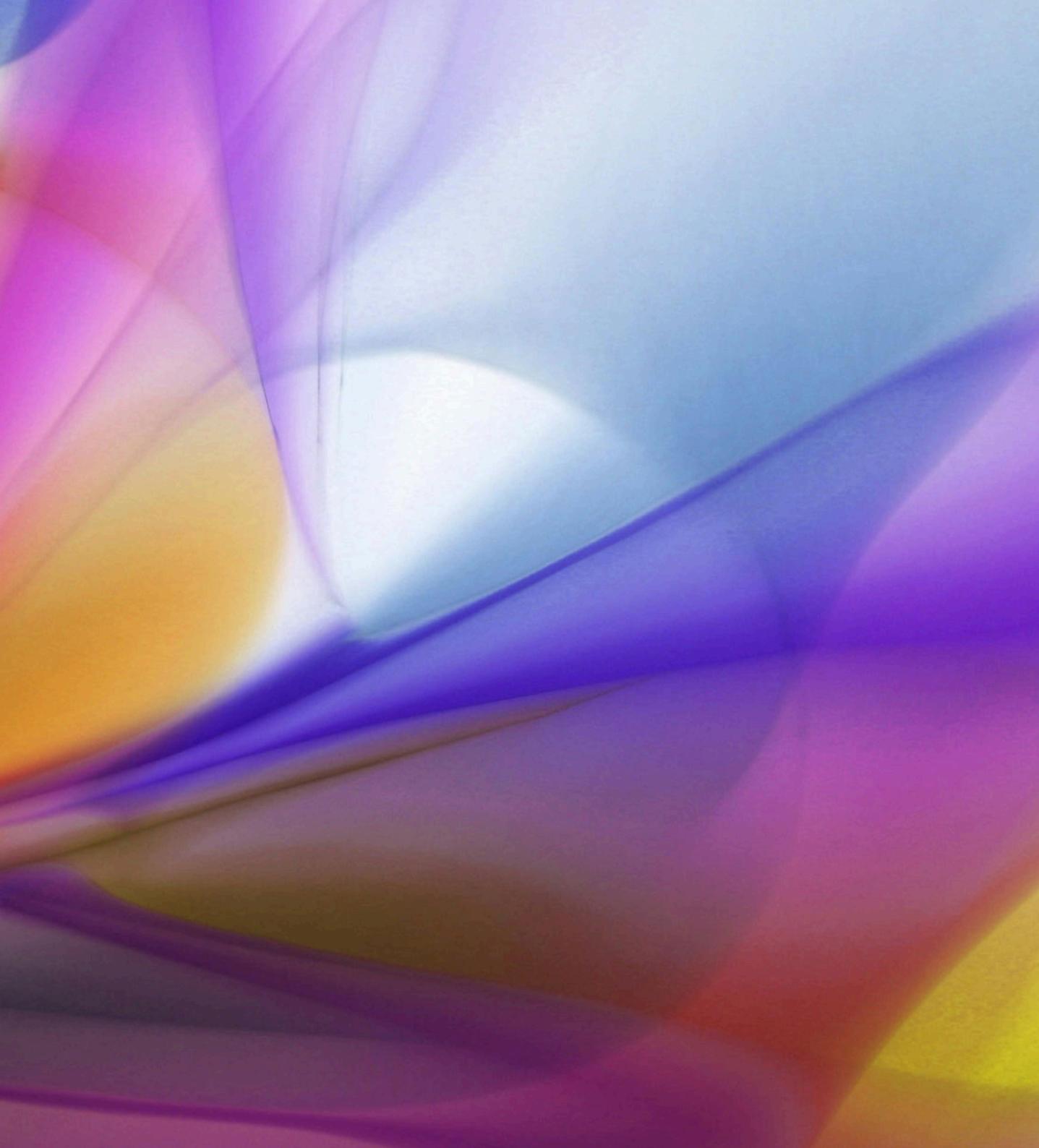
---

## **102** *Conclusión*

La Antorcha  
de los valores:  
Una Costa Rica  
Inclusiva y Solidaria

The background of the image is a vibrant, abstract composition of overlapping, translucent colored layers. The colors transition through a spectrum, including orange, yellow, green, blue, and purple. A prominent vertical white line runs down the center of the image, and a diagonal white line extends from the top-left towards the bottom-right, creating a cross-like shape.

*“Los valores son las raíces que nos sostienen en medio de la tormenta. Cuando todo lo demás parece tambalearse, son ellos los que nos recuerdan quiénes somos y hacia dónde queremos ir”.*



Querido lector,

Escribo estas líneas con la convicción de que vivimos un momento decisivo para nuestra sociedad. Cada día veo con esperanza —y a veces con preocupación— cómo el mundo se transforma a un ritmo vertiginoso. Las tecnologías cambian la manera en que trabajamos, nos relacionamos y pensamos; los desafíos sociales parecen multiplicarse; y las voces de incertidumbre, a veces, suenan más fuerte que las de la esperanza.

Fue en medio de ese ruido que decidí escribir este libro. No para ofrecer recetas mágicas, ni para dictar cátedra desde un pedestal, sino para compartir una búsqueda personal: la de encontrar en los valores una brújula que nos permita orientarnos en este siglo de cambios. Este es mi décimo libro de la serie Reto Siglo 21, y cada uno ha sido una invitación a reflexionar y actuar. Pero este, quizás más que los anteriores, es un llamado urgente al reencuentro con lo esencial.

Los valores no son un discurso antiguo ni un tema de manual escolar: son la fuerza viva que hace que una sociedad pueda mirar hacia adelante sin perder su alma. He tenido el privilegio de escuchar a pensadores, educadores, líderes y ciudadanos que, con sus historias y experiencias, me han recordado que la transformación social comienza en lo íntimo, en lo cotidiano, en los pequeños actos de respeto y justicia que repetimos una y otra vez hasta que se convierten en cultura.

Mi mayor deseo es que estas páginas despierten en ustedes el mismo fuego que encendieron en mí. Que los inspire a mirar su propia vida, su familia, su comunidad, y a preguntarse: ¿qué valores me sostienen?, ¿cuáles debo fortalecer?, ¿qué legado quiero dejar?

Este libro es, en el fondo, una conversación con ustedes mismos. Una invitación a reconstruir juntos los puentes que nos unen, a tejer de nuevo el hilo invisible de la solidaridad, la empatía y el respeto. Porque el futuro de nuestro país —y de nuestra humanidad— no dependerá solo de las leyes que aprobemos o de las tecnologías que adoptemos, sino de la calidad humana con que decidamos vivir cada día.

Gracias por acompañarme en esta travesía. Ojalá estas páginas los desafíen, los convenga y los impulse a ser parte activa del cambio que tanto necesitamos.

Con aprecio y esperanza,



*Jorge Woodbridge González*

*Desde tiempos inmemoriales, la humanidad ha buscado comprender no solo cómo sobrevivir, sino cómo convivir de manera digna y justa. Esa búsqueda ha estado inevitablemente ligada a la reflexión sobre los valores, entendidos como principios y virtudes que orientan nuestras decisiones y dan sentido a la vida colectiva.*

## PRESENTACIÓN

### *Un Llamado a Reencontrarnos*

Los valores no son meras normas externas ni adornos de la sociedad: son las fibras invisibles que sostienen el tejido de la vida humana, asegurando que la coexistencia se transforme en convivencia y que la convivencia se convierta en verdadera vida compartida.

A lo largo de la historia, pensadores de diversas épocas han señalado que el futuro de cualquier sociedad depende, en gran medida, de los valores que cultive. Desde Aristóteles, quien vinculó la ética con la política y la economía, hasta Tocqueville, que destacó la importancia de los hábitos cívicos y la participación, pasando por contemporáneos como Bobbio y Habermas, la reflexión sobre los valores ha sido constante y multidimensional.

Hoy, frente a desafíos inéditos de globalización, tecnología, desigualdad y polarización, estas enseñanzas adquieren urgencia renovada. Este libro no pretende ofrecer recetas fáciles, sino provocar preguntas, despertar conciencia y sembrar esperanza.

El recorrido que aquí se ofrece integra los valores sociales que permiten la cohesión, los valores democráticos que sostienen la participación y la justicia, los valores familiares y educativos que forman el carácter, y los valores empresariales que dignifican la economía. Al final, se muestra que estos valores no son compartimentos aislados, sino un sistema vivo: la solidez de uno depende de la fortaleza de los demás.

Estas páginas son una invitación a comprender que los valores no son un lujo ni una teoría distante, sino la infraestructura invisible que mantiene a las sociedades humanas en pie y que puede permitirnos navegar con dignidad, esperanza y confianza en el futuro.





*“Cuando ya no somos capaces de cambiar  
una situación, nos encontramos ante el  
desafío de cambiarnos a nosotros mismos”.*

**Viktor E. Frankl, Psiquiatra y Filósofo Austríaco**



The background of the image is a vibrant, abstract design. It features a series of concentric, radiating bands of light that transition through a full spectrum of colors. The colors are soft and blended, creating a sense of depth and motion. The bands are more densely packed towards the center and spread out towards the edges. The overall effect is reminiscent of a sunset or a rainbow captured in a circular lens flare.

## *Fundamentos de los Valores*

01



**Capítulo 1**

# El pulso ético de una nación

**Por qué los valores son la  
brújula que sostiene nuestra  
convivencia.**



*'Los valores son las raíces invisibles  
que sostienen el árbol de la  
civilización;  
sin ellos, todo se marchita. incluso  
los mejores logros'.*

**Howard Thurman,**

**Escritor, Filósofo, Teólogo, Educador y Activista por los Derechos Civiles**

Cada generación recibe, como si fuera un legado silencioso, la tarea de preguntarse qué la sostiene y hacia dónde quiere avanzar. Vivimos en un mundo donde las fronteras se diluyen y la tecnología acelera nuestra vida, pero también nos enfrenta a tensiones inéditas: polarización, desconfianza en las instituciones, pérdida de vínculos comunitarios. En este contexto, hablar de valores no es un lujo intelectual, sino un acto de supervivencia cultural.

Como costarricense y como ciudadano del mundo, creo que el mayor desafío de nuestro tiempo es recuperar la brújula moral que nos permita orientarnos en medio de tanta complejidad. Sin ella, nuestras decisiones quedan a la deriva de intereses momentáneos o de emociones pasajeras. Los valores son ese norte ético que nos recuerda quiénes somos, qué defendemos y qué no estamos dispuestos a negociar.

Los valores sociales son el cimiento sobre el que se construye toda convivencia. Sin ellos, las relaciones se vuelven arbitrarias y vulnerables al conflicto. La solidaridad, la justicia, el respeto y la cooperación no son palabras bonitas para discursos oficiales: son la infraestructura invisible que mantiene unida a la sociedad. Cuando estos valores se erosionan, también lo hace la confianza; y cuando la confianza se quiebra, la sociedad entera pierde su capacidad de sostenerse de manera justa y ordenada.

Aristóteles ya lo había comprendido en su *Política*: el ser humano es social por naturaleza, y la ciudad (*polis*) sólo puede sostenerse si existe un compromiso ético entre sus ciudadanos. Siglos después, pensadores como Santo Tomás de Aquino y Émile Durkheim confirmaron que el orden social se funda en principios morales compartidos y en hábitos de cooperación. La moral no es un accesorio, es un mecanismo de cohesión que previene la anomia, esa desintegración silenciosa que aparece cuando la sociedad deja de compartir un horizonte de sentido.

En América Latina, esta discusión se vuelve urgente ante las profundas desigualdades que aún persisten. La justicia social no puede depender únicamente de políticas públicas: necesita una cultura ética que impulse la equidad en la vida cotidiana. La solidaridad se expresa en acciones concretas: el cuidado de los vecinos, el apoyo a proyectos comunitarios, la defensa de los más vulnerables. Sin estas prácticas, el desarrollo se vuelve frágil e insostenible.

La convivencia también requiere respeto y tolerancia hacia la diversidad. Una sociedad plural como la costarricense necesita aprender a reconocer la dignidad de quienes piensan distinto, provienen de otros entornos o viven realidades diferentes. No se trata de aceptar todo sin criterio, sino de reconocer que la diversidad es una fuente de riqueza colectiva y un antídoto contra la violencia y la exclusión.

La confianza —esa palabra tan simple y tan difícil de restaurar— es quizá el valor más frágil y más poderoso a la vez. Sin confianza, las leyes se vuelven letra muerta, las instituciones pierden legitimidad y las relaciones humanas se tornan transaccionales. Recuperar la confianza

exige coherencia entre discurso y acción, transparencia institucional y compromiso ético en la vida pública y privada. No se decreta desde arriba: se construye desde cada pequeño acto de justicia, respeto y solidaridad.

Hoy enfrentamos desafíos que ponen a prueba estos cimientos: la digitalización, la hiperconectividad, la desinformación y la polarización amenazan la cohesión de nuestras comunidades. Sin embargo, también vivimos un tiempo de oportunidades inéditas para fortalecer los lazos sociales si elegimos cultivar la empatía, la cooperación y la responsabilidad compartida.

En síntesis, los valores no son meras aspiraciones abstractas: son herramientas prácticas para construir comunidades sostenibles y equitativas. Cuando los abrazamos y los vivimos, generamos resiliencia social, capacidad de diálogo y esperanza colectiva. Cada lector de este libro tiene en sus manos el poder de reforzar —o debilitar— estos cimientos.

La pregunta es:

*¿Qué elegiremos para  
nuestra generación y  
para las que vienen?*



**Capítulo 2**

# **El corazón que sostiene nuestra convivencia**

**La Dignidad Humana:  
Base de Todos los Valores.**



*‘Los valores no los inventamos,  
están dentro de nosotros;  
tenemos que descubrirlos,  
desarrollarlos y potenciarlos’.*

**Helena María Fonseca Ospina, Empresaria**

La dignidad humana es la raíz de todo lo que somos como sociedad. Reconocer que cada persona tiene un valor intrínseco —sin importar su origen, condición social, edad o capacidad— es el primer acto de justicia. Cuando esa verdad se olvida, lo que surge es la desigualdad, la discriminación y la exclusión. Pero cuando se vive y se respeta, se abren las puertas a una cultura de respeto, solidaridad y justicia que no es solo aspiración, sino práctica cotidiana.

En lo personal, he llegado a la conclusión de que la dignidad humana no es un concepto abstracto, sino una brújula que nos recuerda que ninguna política, ninguna ley y ninguna economía tienen legitimidad si no colocan a la persona en el centro. La sociedad que honra la dignidad de cada uno de sus miembros garantiza que todos puedan desarrollar sus capacidades y contribuir al bien común. Esa es la diferencia entre coexistir en el mismo territorio y construir juntos un verdadero proyecto de vida.

Desde que tenemos memoria, la humanidad se ha debatido entre dos caminos: uno donde la persona es tratada como un número, un recurso o un instrumento; otro donde cada ser humano es reconocido por su valor intrínseco, único e irremplazable. La dignidad humana no es una idea abstracta ni un ideal lejano: es la esencia que da sentido a todas nuestras relaciones. Cuando la ignoramos, se abren grietas en la sociedad que se traducen en injusticia, desigualdad y violencia. Cuando la abrazamos, se construye un tejido social fuerte, donde la solidaridad, el respeto y la justicia no son aspiraciones, sino prácticas que nos guían todos los días.

En la vida cotidiana, la dignidad se manifiesta en gestos simples pero poderosos: escuchar con atención a alguien, reconocer sus derechos, valorar su tiempo y esfuerzo. En un país como Costa Rica, donde históricamente se ha promovido la educación y la democracia, la dignidad humana debe ser ese norte que nos indique cómo vivir juntos sin destruirnos. La dignidad no se impone; se descubre, se practica y se transmite de generación en generación.

Cada persona que actúa con honestidad, empatía y respeto está contribuyendo a esta red invisible que sostiene la vida colectiva. Descubrir la dignidad es también comprender que nuestras acciones individuales tienen consecuencias sobre los demás, y que cada decisión ética refuerza la solidez del tejido social.

Costa Rica ofrece ejemplos claros de cómo la dignidad humana puede ser el eje de una sociedad.

En 1948, tras un conflicto que

puso en riesgo la estabilidad del país, la abolición del ejército no fue simplemente una decisión política: fue un acto profundo de respeto hacia la vida y los derechos humanos. Al priorizar la educación y la salud sobre la militarización, Costa Rica reafirmó que la dignidad de cada ciudadano debía estar en el centro de la construcción social. La creación de instituciones educativas gratuitas y el fortalecimiento de la democracia permitieron que generaciones enteras pudieran desarrollarse plenamente, sin ser víctimas de la violencia ni de la exclusión.

## **LA DIGNIDAD EN LA HISTORIA COSTARRICENSE**

En América Latina, otros episodios reflejan la lucha por la dignidad. La resistencia pacífica durante los movimientos por los derechos humanos en Chile y Argentina, frente a dictaduras que ignoraban la vida y los derechos individuales, demuestra que la dignidad es un valor que puede sostener la esperanza en tiempos de opresión. Cada manifestación, cada gesto de solidaridad hacia los desaparecidos y sus familias, fue un acto de afirmación de que la humanidad no se negocia y que el respeto a la persona es inviolable.

## **LA DIGNIDAD Y LOS VALORES DEMOCRÁTICOS**

La democracia no puede sostenerse si quienes participan en ella se consideran inferiores o superiores unos a otros. La participación electoral, la deliberación pública y el respeto a la diversidad dependen de reconocer que cada ciudadano tiene derecho a ser escuchado y a que su opinión sea considerada.

Pero el reconocimiento de la dignidad humana no es un acto pasivo. Requiere acción, compromiso y constancia. La educación inclusiva, la igualdad de oportunidades y el respeto a los derechos humanos no son meras políticas públicas: son prácticas que traducen la dignidad en hechos concretos. La solidaridad, el cuidado del vecino y la protección de los más vulnerables son expresiones tangibles de que la sociedad ha internalizado este principio fundamental.

La dignidad humana es la base sobre la cual se construyen los valores democráticos.

Aristóteles ya lo señalaba: el hombre es un ser social, y la ciudad solo prospera cuando los ciudadanos actúan con virtud y responsabilidad. Tocqueville, pensador, jurista, político e historiador francés, siglos después, reafirmó que la democracia es un estilo de vida que requiere hábitos éticos, tolerancia y diálogo constante.

## **VALORES DEMOCRÁTICOS Y VIDA COTIDIANA**

Los valores democráticos se nutren de la dignidad. La participación responsable no se limita a emitir un voto, implica involucrarse en decisiones colectivas con conciencia de las consecuencias. El respeto por la diversidad asegura que todas las voces, incluso aquellas que nos incomodan, sean escuchadas y valoradas. El compromiso con la verdad y la transparencia evita que la manipulación y la propaganda erosionen la confianza pública. El diálogo constructivo permite resolver conflictos sin recurrir a la imposición o la violencia. Todos estos elementos encuentran su raíz en la convicción de que cada ser humano merece ser tratado con respeto y justicia.

Hoy, los desafíos son enormes. La polarización política, la desinformación masiva y el populismo ponen a prueba nuestra capacidad de mantener la dignidad como guía. Las redes sociales multiplican la exposición al juicio inmediato y a la intolerancia, erosionando la empatía y la solidaridad. La digitalización y la globalización exigen que los ciudadanos sean críticos, reflexivos y responsables, capaces de filtrar la información, discernir la verdad y actuar con ética.

## **LA DIGNIDAD COMO HILO CONDUCTOR DE LA SOCIEDAD**

Incluso en este contexto, la dignidad humana sigue siendo el eje que puede sostener la sociedad. En la familia, aprender a respetar las diferencias y a cuidar al otro desde la infancia crea ciudadanos responsables y sensibles. En la escuela, la educación en valores transforma la teoría en práctica, enseñando que los derechos y deberes son inseparables. En la empresa, la ética laboral y el reconocimiento del valor de cada trabajador consolidan comunidades productivas y humanas. En la política, la transparencia, la rendición de cuentas y la defensa de los derechos fundamentales son los pilares de la confianza social.

La dignidad humana es el hilo que conecta todas las piezas de nuestra vida social. Es el principio que permite que la democracia funcione, que

la educación tenga sentido y que la solidaridad se transforme en acción. Ignorarla es condenar a la sociedad a la fragmentación y al conflicto; vivirla es construir un futuro donde la convivencia sea auténtica, ética y enriquecedora.

En mi experiencia, he aprendido que la dignidad no se concede, se reconoce y se protege con hechos. Cada vez que una institución actúa con coherencia ética, cada vez que un ciudadano respeta la diversidad, cada vez que una comunidad se une para cuidar a los más vulnerables, estamos reafirmando que la dignidad humana es más que un valor: es la esencia que sostiene nuestra humanidad.



### Capítulo 3

# El Arte de Elegir con Conciencia

La Libertad Auténtica Nace  
de la Responsabilidad.



*‘La fe en los principios y valores que guían nuestras acciones nos da la fuerza para ejercer la libertad de manera responsable’.*

**Mauricio Valverde, Pastor**

La libertad es uno de los bienes máspreciados del ser humano, pero su valor no reside solo en la capacidad de decidir, sino en la sabiduría de asumir las consecuencias de nuestras elecciones. Vivir con libertad significa construir un camino propio sin dañar a los demás, y reconocer que nuestros actos repercuten en quienes nos rodean. Sin esta comprensión, la libertad se degrada en licencia egoísta o en caos social. La verdadera libertad se ejerce con responsabilidad, y esta combinación es la condición indispensable para el desarrollo pleno de la persona y de la sociedad.

Desde la vida cotidiana hasta la esfera política, la libertad responsable permite que los derechos individuales convivan con el bien común. Cada decisión, por pequeña que parezca, tiene implicaciones éticas y sociales. En palabras de Mauricio Valverde, esta “fe” no es dogma religioso, sino la confianza en que el respeto, la solidaridad y la justicia son brújulas confiables que orientan nuestra vida.

## LA FAMILIA: LABORATORIO DE LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

allí donde aprendemos a decidir, a equivocarnos, a asumir consecuencias y a reconciliarnos. Recuerdo en mi niñez a mi madre enseñándome que una decisión tomada sin pensar en los demás es como construir un puente que no sostiene a nadie: puede colapsar en cualquier momento, y sus ruinas hieren a todos alrededor.

En la historia de Costa Rica, muchas familias han ejercido la libertad responsable en tiempos de crisis. Durante la década de 1980, cuando el país enfrentaba tensiones económicas y políticas, numerosas familias de San José y otras regiones tomaron decisiones de solidaridad comunitaria: compartían alimentos, recursos educativos y apoyo emocional con vecinos en dificultades. Estos actos cotidianos, invisibles para muchos, consolidaban un tejido social más fuerte que cualquier legislación.

Confucio afirmaba que la armonía social comienza en el hogar. San Agustín de Hipona y Santo Tomás de Aquino coincidían en que la familia es el ámbito primordial donde se interiorizan principios de justicia, amor y responsabilidad. Emmanuel Mounier, filósofo del personalismo, añadía:

Esta afirmación resuena con los testimonios contemporáneos de jóvenes en el mundo que, pese a vivir en contextos de pobreza o conflicto, logran formarse con valores sólidos gracias al cuidado y la guía de sus familias.

Si observamos con atención, la familia no es solo un conjunto de vínculos sanguíneos; es el primer escenario donde la libertad y la responsabilidad se entrelazan. Es

*“El ser humano no existe aislado, sino en la red de vínculos que forman la comunidad familiar y social.”*

## *Valores esenciales en la familia*

- **Amor:** Es más que afecto superficial; es reconocer al otro como digno. Un joven en Limón, por ejemplo, narraba cómo el amor de sus padres lo impulsó a estudiar, a pesar de que la violencia y la desigualdad social amenazaban con desviarlo.
- **Respeto:** Convivir requiere aceptar diferencias y límites. Aprender esto en casa prepara a los individuos para negociar y resolver conflictos de manera pacífica.
- **Solidaridad:** La familia enseña que nadie es completamente autónomo; cada acto de ayuda fortalece la comunidad. En comunidades indígenas de Costa Rica, la cooperación familiar y comunitaria ha sido vital para conservar la cultura y superar adversidades económicas.
- **Responsabilidad:** Comprender que cada acción tiene consecuencias es la base de la ética personal y social. En muchas familias latinoamericanas, los hijos más pequeños asumen responsabilidades desde temprana edad, fortaleciendo un sentido de deber hacia los demás.
- **Honestidad:** La coherencia entre pensamiento, palabra y acción consolida la confianza, y la confianza es la piedra angular de cualquier relación duradera.

## **LIBERTAD RESPONSABLE EN LA HISTORIA Y LA SOCIEDAD**

sino un ejercicio consciente de libertad responsable: la nación decidió invertir en educación y salud, y los ciudadanos asumieron el compromiso de cuidar esos bienes colectivos. Durante décadas, la participación activa en juntas de educación y comités vecinales ha demostrado que la libertad se fortalece cuando se asume con responsabilidad.

En América Latina, los movimientos sociales por la democracia también ejemplifican este principio. Desde la resistencia pacífica en Chile y Argentina hasta la lucha por derechos civiles en Brasil, la historia muestra que la libertad sin responsabilidad puede ser efímera, pero cuando se ejerce con ética y solidaridad, se convierte en un motor de transformación y dignidad humana.

## **DESAFÍOS CONTEMPORÁNEOS: LA FAMILIA FRENTE A LA GLOBALIZACIÓN Y LA TECNOLOGÍA**

sobreinformación. Sin embargo, en esta era de cambios, la familia sigue siendo la institución clave para la transmisión intergeneracional de valores.

La equidad de género y la corresponsabilidad en tareas domésticas y educativas son más que un ideal: son herramientas para formar ciudadanos conscientes y respetuosos. Cuando cada miembro aprende a ejercer su libertad de manera responsable, se genera un círculo virtuoso que trasciende el hogar y fortalece la sociedad.

Costa Rica ha mostrado cómo la libertad y la responsabilidad pueden coexistir de manera virtuosa. La abolición del ejército en 1948 no fue solo un acto político,

La familia moderna enfrenta retos inéditos: migración, redefinición de roles tradicionales, digitalización y exposición a culturas individuales y competitivas. Los vínculos cara a cara se ven amenazados por el aislamiento digital y la

## **PROYECCIÓN HACIA LA SOCIEDAD Y LA EDUCACIÓN**

cada decisión ética, cada gesto de solidaridad forma ciudadanos íntegros, capaces de enfrentar conflictos con diálogo y cooperación. La libertad responsable se convierte en el motor que impulsa la democracia, la cohesión social y el bienestar colectivo.

Personalmente, he visto cómo familias que practican la libertad consciente y la responsabilidad generan jóvenes capaces de transformar su entorno, de reconstruir la confianza social y de sembrar valores en quienes los rodean. La libertad sin responsabilidad es un viento sin dirección; la responsabilidad sin libertad, una carga sin horizonte. Juntas, libertad y responsabilidad son la brújula que orienta la vida humana hacia la dignidad y el bien común.

Los valores aprendidos en la familia no se quedan allí: se proyectan en la escuela, en la participación política, en el trabajo y en la comunidad. Cada acto de responsabilidad,



Capítulo 4

# Justicia, Equidad y Bien Común

Construir Sociedad es un  
Acto de Corazón y Responsabilidad.



*“Vida significa valores, principios,  
solidez, familia, rumbo...  
El hombre sin visión perece”*

**Ricardo Gerli, Químico**

Al iniciar este capítulo, no puedo dejar de pensar en cuántas veces hemos escuchado la palabra “justicia” como un ideal lejano, casi abstracto, mientras los problemas cotidianos parecen ignorarla. Pero la justicia no es un concepto distante: es un acto tangible que se expresa en cada decisión, en cada política pública, en cada gesto de reconocimiento del derecho del otro a vivir con dignidad. Junto a ella, la equidad nos recuerda que no todos partimos desde el mismo punto, y que brindar igualdad real de oportunidades requiere sensibilidad, compromiso y acción. Y el bien común nos invita a pensar más allá de nosotros mismos: nuestras elecciones, nuestras prioridades y nuestro esfuerzo deben construir un espacio donde todos puedan desarrollarse, crecer y prosperar.

Trabajar por estos valores implica acciones concretas, no discursos vacíos. Combatir la corrupción, garantizar acceso a educación, salud y vivienda, proteger los derechos humanos: son manifestaciones del amor práctico por la comunidad. Costa Rica nos ofrece ejemplos de cómo estas ideas pueden traducirse en realidades palpables. El sistema de salud solidario, construido a lo largo de décadas, demuestra que cuando el bien común guía la política y la gestión social, los beneficios se multiplican: se fortalece la cohesión, se reduce la desigualdad y se refuerza la confianza entre ciudadanos.

## EDUCACIÓN: EL PUENTE ENTRE FAMILIA Y SOCIEDAD

Platón decía que educar es moldear el alma hacia la virtud, y Aristóteles insistía en que la educación debía formar el carácter tanto como la mente.

pedagogo, psicólogo y filósofo estadounidense, vio en la escuela un laboratorio de democracia. Y más cerca de nosotros, Paulo Freire, pedagogo, educador y filósofo brasileño, nos enseñó que enseñar es liberar, y Martha Nussbaum, filósofa estadounidense, recordó que la educación en empatía y humanidades forma ciudadanos capaces de ejercer justicia y tolerancia. Estos ejemplos nos muestran que la educación no se limita a transmitir información: construye conciencia, forma carácter y siembra la semilla de la equidad y la solidaridad en las futuras generaciones.

### *Valores esenciales en la educación*

- **Verdad:** La brújula de cualquier aprendizaje; discernir lo confiable de lo manipulado fortalece la integridad y la capacidad crítica.
- **Libertad:** Entenderla como derecho y deber; coexistir con límites éticos asegura que no se convierta en egoísmo.
- **Responsabilidad:** Cada acto impacta en la comunidad, y cada decisión educativa conlleva obligaciones sociales.
- **Empatía:** Capacidad de ponerse en el lugar del otro, reconocer su sufrimiento y actuar con sensibilidad, conectando directamente con la solidaridad aprendida en la familia.

Si la familia es el hogar donde se siembran los valores, la educación es el puente que los lleva al mundo. Es allí donde se comprende que los principios no son simples ideas, sino guías que orientan la convivencia y la acción responsable.

En la Edad Moderna, Comenio proclamó la educación universal como un derecho fundamental, mientras que John Dewey,

- **Justicia:** Más que cumplir normas, comprender la equidad, garantizar derechos y procurar oportunidades para todos.

## **DESAFÍOS CONTEMPORÁNEOS: EDUCACIÓN Y SOCIEDAD**

Hoy, la educación enfrenta retos sin precedentes. La digitalización ha transformado el aprendizaje, multiplicando fuentes de información, pero también exponiendo a los estudiantes a contenidos fragmentados, falsos o manipulados. La desigualdad de oportunidades persiste: en Costa Rica y América Latina, el acceso a educación de calidad, tecnología y recursos sigue siendo desigual, y aquí la educación en valores se vuelve un escudo contra la exclusión y la inequidad.

La diversidad cultural y de pensamiento demanda formar ciudadanos capaces de dialogar, respetar y cooperar. La polarización, los prejuicios y la discriminación se combaten enseñando empatía, equidad y justicia. No basta con transmitir conocimiento: hay que cultivar la sensibilidad hacia la vida de los otros y la responsabilidad hacia el futuro compartido.

## **EDUCACIÓN EN DIÁLOGO CON OTROS VALORES**

La educación no actúa sola. Su fuerza se multiplica cuando se conecta con diversos ámbitos de la vida, creando un entramado de valores que se retroalimentan y fortalecen mutuamente.

- ◊ **Familia:** La educación amplifica lo que se siembra en casa. Cada acto de amor, respeto y responsabilidad aprendido en el hogar encuentra su continuación en la escuela. Cuando un niño aprende a compartir y a cuidar a sus hermanos, esas mismas lecciones se proyectan al aula y luego a la comunidad. La familia y la escuela trabajan como socios silenciosos en la construcción de ciudadanos íntegros.

- ◊ **Sociedad y Democracia:** La educación es el puente que permite a los individuos comprender la vida colectiva. Enseña que la participación responsable no se limita al acto de votar, sino que implica involucrarse en decisiones comunitarias, respetar las normas, dialogar y contribuir al bienestar de todos. Programas educativos que incluyen debates sobre derechos humanos, historia cívica y proyectos de servicio comunitario muestran que los estudiantes que participan activamente en la sociedad desarrollan un sentido profundo de pertenencia y responsabilidad hacia su país.
- ◊ **Empresa y Economía:** La educación forma no solo profesionales, sino líderes éticos capaces de tomar decisiones con conciencia social. Cuando se promueve la honestidad, la innovación responsable y el respeto a los demás dentro de los programas educativos, se cultiva una generación que entiende que la competitividad no debe sacrificar la equidad ni la dignidad de los demás. Empresas sostenibles y conscientes del impacto social son producto de ciudadanos formados con valores sólidos.
- ◊ **Valores Sociales:** La empatía, la cooperación y la solidaridad no son solo virtudes individuales; son la base de comunidades resilientes y cohesionadas. La educación enseña a ver al otro no como un rival, sino como un compañero de viaje en la construcción de la vida colectiva. Actividades como proyectos de voluntariado, tutorías entre compañeros y talleres de resolución de conflictos fortalecen estos valores, demostrando que la convivencia ética y armoniosa es un aprendizaje diario, práctico y vivencial.

La educación, en su dimensión más profunda, se convierte en un jardín inmenso y vivo donde cada alumno, cada docente y cada familia son jardineros de un tejido. Las raíces familiares se conectan con las ramas de la vida comunitaria, de la democracia y del mundo laboral. Los frutos de este jardín no son solo conocimientos: son actos de justicia, gestos de solidaridad, decisiones responsables y creatividad ética. Sin esta educación integral, la sociedad se fragmenta; la democracia pierde su sustento; la economía olvida su dimensión humana. Con ella, aseguramos

continuidad, equidad, progreso ético y, sobre todo, la capacidad de soñar juntos un futuro más justo y digno.

Además, podemos imaginar escenarios concretos: escuelas rurales que implementan programas de valores y logran reducir la violencia estudiantil, colegios urbanos que incorporan proyectos de cooperación intercultural, y empresas jóvenes creadas por graduados que llevan la ética al centro de sus operaciones. Estos ejemplos muestran que cuando la educación se entiende para conectar familia, sociedad, democracia y economía, cada acción cotidiana refuerza un tejido social capaz de resistir las adversidades y promover el bienestar colectivo.

*Sin educación en  
valores, la sociedad  
se fragmenta; la  
democracia se  
debilita; la empresa  
pierde humanidad.  
Con ella, aseguramos  
continuidad, equidad y  
progreso ético.*



Capítulo 5

# Confianza y Credibilidad

**La Coherencia entre lo que Somos,  
Decimos y Hacemos.**



*'Levantémonos a ser valientes  
y vivir esos valores todo el año y no  
solo en Navidad'.*

**Rolando Castro, Administrador de Empresas**

Desde muy joven, comprendí que la honestidad no se manifiesta solo en los grandes momentos ni se aprende en libros de historia. Es un tejido delicado, que se entrelaza con cada palabra, cada decisión y cada acto cotidiano. La transparencia, su compañera inseparable, nos permite mostrar ese tejido a quienes nos rodean, dejando que la confianza crezca como un árbol que necesita luz, cuidado y tiempo. Cuando la honestidad y la transparencia se practican juntas, se convierten en brújulas invisibles que guían la vida individual y colectiva, iluminando caminos que, de otro modo, permanecerían oscuros y llenos de dudas.

Recuerdo a mi abuela, hablando con esa voz pausada y profunda que parecía contener siglos de experiencia. “Hijo”, decía, “la palabra de un hombre vale más que cualquier documento; la confianza se construye en los días ordinarios, no solo en los extraordinarios”. Esas palabras se grabaron en mi memoria y, con el tiempo, comprendí que la fortaleza de una sociedad no se mide por edificios o leyes, sino por la coherencia entre lo que decimos, lo que hacemos y lo que sentimos. La honestidad y la transparencia no son ideales abstractos: son la base de la vida ética, de la convivencia y del progreso humano.

La honestidad es mucho más que decir la verdad. Es actuar con rectitud incluso cuando nadie observa, es mantener la coherencia entre pensamiento, palabra y acción. Aristóteles lo expresó hace más de dos mil años, y sigue siendo válido: la virtud ética no depende de gestos grandilocuentes, sino de la constancia en los pequeños actos cotidianos. Cuando un maestro corrige un error propio frente a sus alumnos, cuando un empresario reconoce una falla en su empresa, o cuando un político admite un desacuerdo en sus decisiones, la honestidad se vuelve tangible, se respira en la confianza que nace del ejemplo y la coherencia.

La transparencia, por su parte, permite que esos actos de integridad se comprendan y se valoren. No es exhibicionismo ni búsqueda de aplausos; es responsabilidad hacia los demás. Mostrar cómo y por qué tomamos decisiones permite que la comunidad evalúe, aprenda y participe. La transparencia convierte la ética individual en un activo social, asegurando que la confianza no dependa de suposiciones ni de la buena fe ciega, sino de hechos concretos y verificables.

En este sentido, las palabras al inicio de este capítulo de Rolando Castro resuenan con fuerza: *“Levantémonos a ser valientes y vivir esos valores todo el año, y no solo en Navidad, cuando lo celebramos”*. Cada día, con cada decisión y cada gesto, tenemos la oportunidad de demostrar que la integridad es más que un ideal: es la forma de relacionarnos con los demás, de contribuir a la sociedad y de formar comunidades confiables y resilientes.

La transparencia institucional no surge por decreto; requiere normas claras y mecanismos de supervisión. *La Contraloría General de la República y la Oficina de Acceso a la Información Pública* son ejemplos de cómo un país puede construir confianza mediante la visibilidad y el control ciudadano. Cada auditoría, cada informe público y cada acción de rendición de cuentas es un recordatorio de que la confianza no se regala: se gana con coherencia, constancia y responsabilidad.

A nivel empresarial, la ética se manifiesta en organizaciones que priorizan la transparencia en sus operaciones, la equidad en el reparto de

beneficios y la claridad en la comunicación con empleados y clientes. En cooperativas y microempresas latinoamericanas, la honestidad no solo genera reputación; sostiene la supervivencia misma de la organización. El filósofo Carlos Llano lo expresa con claridad:

Cooperativas agrícolas de la región de Guanacaste, por ejemplo, decidieron desde hace décadas publicar los balances financieros y decisiones estratégicas de manera abierta a todos sus miembros. Este simple acto de claridad fortaleció la confianza entre productores y clientes, redujo conflictos internos y aseguró la sostenibilidad del proyecto durante crisis económicas. La transparencia no es un concepto abstracto; es una práctica que genera cohesión y seguridad en la vida de todos los involucrados.

*“La empresa es una comunidad de personas. Sin integridad, pierde su cohesión y su capacidad de contribuir al bien común”.*

Asimismo, historias de ciudadanos ilustran que la honestidad puede cambiar realidades. En barrios urbanos, vecinos que coordinan colectas y proyectos comunitarios sin ocultar gastos ni decisiones, enseñan que la ética no depende del poder ni del reconocimiento, sino de la consistencia y el respeto hacia los demás. En la educación, los directores escolares que informan con honestidad sobre dificultades financieras y buscan soluciones colectivas, fortalecen la confianza de padres, alumnos y docentes. Son gestos aparentemente pequeños, pero que sostienen la vida social como pilares invisibles de credibilidad.

Pero la historia también nos muestra las consecuencias de la deshonestidad. En varios países de América Latina, la corrupción y el secretismo han debilitado instituciones, aumentado la desigualdad y generado desconfianza generalizada. Cada acto deshonesto, cada engaño encubierto, deja cicatrices profundas que afectan la credibilidad

y la cohesión social por generaciones. Contrastar estos ejemplos con experiencias de transparencia nos recuerda que incluso pequeños actos éticos diarios pueden cambiar el rumbo de comunidades enteras.

La educación es un espacio privilegiado para cultivar estos valores. Paulo Freire señalaba que educar es un acto ético y liberador; enseñar honestidad y transparencia prepara a las personas para reconocer injusticias y actuar para corregirlas. Cuando un maestro admite sus errores frente a los estudiantes, cuando fomenta un diálogo abierto y respeta la diversidad de opiniones, está enseñando más que matemáticas o historia: está construyendo ciudadanía ética y responsable.

La vida política y la participación ciudadana también dependen de estos valores. Leyes de transparencia implementadas en México, Chile y Costa Rica a finales del siglo XX y principios del XXI permitieron que los ciudadanos supervisaran decisiones, evaluaran el uso de recursos y exigieran responsabilidad. La transparencia fortalece la democracia al garantizar que los líderes rindan cuentas y que la ciudadanía participe activamente en la toma de decisiones. Sin estos mecanismos, la desconfianza crece, y la corrupción se vuelve un obstáculo casi insalvable para la convivencia y el progreso.

En la esfera personal, vivir con honestidad y transparencia transforma la experiencia íntima del ser humano. La coherencia entre lo que pensamos, decimos y hacemos genera paz interior, seguridad y sentido de propósito. La mentira puede ofrecer ventajas temporales, pero nunca produce la confianza ni la estabilidad que la vida ética requiere. La integridad es un regalo diario que nos hacemos a nosotros mismos y a quienes nos rodean; la transparencia es la luz que permite que esa integridad sea visible y útil.

Ejemplos de líderes en el mundo que han actuado con integridad ofrecen lecciones valiosas. Desde figuras políticas que enfrentaron crisis económicas y políticas manteniendo la coherencia con sus principios, hasta empresarios sociales que construyeron redes de cooperación y solidaridad, podemos encontrar inspiración en actos concretos que muestran cómo la ética puede sostener la confianza, la estabilidad y la

esperanza. Cada historia de transparencia es un testimonio de que la integridad no solo es posible, sino que genera transformación tangible.

Finalmente, la honestidad y la transparencia son inseparables de la vida cotidiana. Cada acción coherente, cada palabra sincera, cada decisión tomada con claridad es un acto de construcción social. No son solo valores abstractos; son herramientas que permiten enfrentar injusticias, fortalecer instituciones y proteger la dignidad humana. Enseñar, promover y practicar estos valores asegura que las sociedades funcionen con justicia, equidad y responsabilidad.

Cada decisión ética es un acto de esperanza. Cada conversación transparente, cada acción honesta, siembra confianza y construye futuro. Enseñar estos valores a nuestros hijos, a nuestros estudiantes, a nuestros líderes, es garantizar que las próximas generaciones puedan vivir en sociedades donde la confianza, la justicia y la dignidad no sean palabras vacías, sino realidades palpables.

Honestidad y transparencia no son gestos decorativos. Son la fuerza silenciosa que sostiene la convivencia, fortalece la democracia, asegura la credibilidad de nuestras instituciones y permite que la sociedad funcione con coherencia y humanidad. Cada vez que actuamos con integridad, cada vez que mostramos la verdad con claridad, damos un paso hacia un mundo más justo, confiable y humano.

La vida se hace más plena cuando cada acto refleja lo que llevamos dentro y cada palabra corresponde a lo que sentimos. La coherencia entre ser y actuar es la mayor fortaleza que podemos ofrecer al mundo.



**Capítulo 6**

# **Respeto y Tolerancia**

**Cómo Transformar las Diferencias  
es el Mayor Tesoro de la Sociedad.**



*‘Debemos ir más allá de la tolerancia y afianzar el respeto a la diversidad, porque negarla es negarnos a nosotros mismos’.*

**Quince Duncan Moodie, Escritor y Activista por los Derechos de las Comunidades Afrodescendientes en Costa Rica**

Hay algo profundamente humano en ese instante en que decidimos no responder con violencia, aunque tengamos la razón. Algo se transforma en nuestro interior cuando, en lugar de levantar la voz, respiramos hondo y escuchamos. El respeto es ese puente invisible que une a las personas incluso cuando el abismo de sus diferencias parece insalvable. Sin respeto, el diálogo se rompe; sin tolerancia, la convivencia se convierte en una guerra de imposiciones.

Vivimos en un mundo que se ha vuelto más cercano que nunca. Las fronteras se han vuelto porosas y las culturas se entrelazan en nuestras ciudades, en nuestras aulas, en nuestras familias. El reto ya no es convivir con quienes piensan como nosotros, sino aprender a vivir con quienes piensan de manera radicalmente distinta. Aquí es donde respeto y tolerancia dejan de ser conceptos abstractos para convertirse en actos concretos, en la gramática cotidiana de una sociedad que quiere sobrevivir sin deshumanizarse.

## **EL RESPETO: RECONOCER LA DIGNIDAD AJENA**

El respeto es la raíz de toda relación humana sana. No se trata de mera cortesía o de fórmulas sociales, sino de una convicción profunda: la certeza de que cada persona posee un valor inalienable, sin importar su origen, sus ideas, su identidad. En el contexto costarricense, donde nos enorgullecemos de una democracia pacífica, el respeto no puede ser un accesorio: debe ser el pilar sobre el cual construimos nuestras decisiones colectivas.

Respetar es más que no agredir; es reconocer y validar al otro. Es mirar a quien tenemos enfrente y decir, sin palabras: *“tus derechos importan tanto como los míos, tu voz merece ser escuchada”*. Es detener el impulso de descalificar cuando alguien piensa diferente. La sociedad costarricense se enfrenta hoy a tensiones que ponen a prueba esta capacidad: polarización política, desconfianza en las instituciones, tensiones étnicas y de género. Sin un compromiso serio con el respeto, corremos el riesgo de fracturar el tejido social.

## **LA TOLERANCIA: MÁS QUE AGUANTAR AL OTRO**

Tolerar no es resignarse. No es soportar al que piensa distinto con un gesto de superioridad moral. La verdadera tolerancia es activa: busca comprender las razones del otro, aun cuando no las compartamos, y procura construir espacios donde ambas partes puedan coexistir. La tolerancia exige humildad: aceptar que nuestra visión del mundo no es la única ni necesariamente la definitiva.

En un país que se reconoce como multicultural, la tolerancia se vuelve una herramienta indispensable para evitar que la diversidad se convierta en una fuente de conflicto. La tolerancia no pide renunciar a las propias convicciones, pero sí renunciar a la imposición. En la política, en la economía y en la vida cotidiana, necesitamos recordar que la democracia es, ante todo, el arte de convivir con el desacuerdo.

## **DESAFÍOS DE NUESTRO TIEMPO**

Costa Rica enfrenta retos que ponen a prueba estos valores. La globalización ha traído nuevas identidades y formas de vida que a veces incomodan a los sectores más conservadores. Las redes sociales amplifican los extremos y nos aíslan en burbujas ideológicas que alimentan la intolerancia. La discriminación —por género, por condición socioeconómica, por etnia, por orientación sexual— sigue presente, a veces de manera silenciosa, otras de forma brutal.

El individualismo contemporáneo exacerbía estas tensiones: se privilegia la satisfacción personal sobre el bien común. Se celebra la competencia y el éxito individual, pero se descuida la empatía, la escucha, la solidaridad. Esta lógica erosiona el respeto: el otro se convierte en obstáculo o en amenaza, no en compañero de camino.

No basta con diagnosticar el problema: necesitamos construir soluciones. La primera ruta pasa por la educación en valores desde la infancia. No se trata de agregar asignaturas aisladas, sino de impregnar toda la cultura escolar de respeto y tolerancia. Enseñar a debatir sin agredir, a escuchar con atención y a reconocer los prejuicios para desmontarlos debe ser tan importante como enseñar matemáticas o ciencias. Las escuelas pueden convertirse en verdaderos laboratorios de convivencia, donde los estudiantes aprendan a negociar, a cooperar y a resolver conflictos de manera pacífica, internalizando que la diversidad es una oportunidad, no una amenaza.

Una segunda vía son los espacios de diálogo intersectorial. Las comunidades, las empresas y los gobiernos pueden promover foros permanentes donde se aborden con honestidad los temas que generan tensión social: la migración, la diversidad sexual, las políticas de equidad. Estos espacios deben ser cuidadosamente moderados para garantizar que todas las voces puedan expresarse con respeto, generando un tejido de comprensión mutua que permita llegar a consensos reales y sostenibles.

Otra acción indispensable es el impulso de campañas públicas de

sensibilización. Así como el país ha logrado reducir accidentes de tránsito con campañas de conciencia, podemos emprender una cruzada nacional que celebre la diversidad cultural de Costa Rica, que visibilice las historias de inclusión y que muestre con ejemplos concretos los beneficios de la cooperación entre diferentes. Una campaña que inspire, que eduque y que nos haga sentir orgullo de nuestra pluralidad.

Finalmente, está el modelaje desde el liderazgo. Los líderes políticos, empresariales y comunitarios deben predicar con el ejemplo. No podemos aspirar a una sociedad tolerante si desde la tribuna pública se promueve el insulto o la descalificación. Necesitamos discursos que reconcilien, que reconozcan la pluralidad de voces y que inviten a construir juntos. Solo así la tolerancia y el respeto dejarán de ser palabras bonitas y se convertirán en práctica cotidiana.

La tolerancia, por su parte, es una pedagogía de la libertad. Nos enseña que mi libertad termina donde empieza la del otro, y que ambos podemos coexistir sin anularnos. Es un aprendizaje que nunca termina, porque la diversidad es infinita y siempre desafía nuestras certezas.

En las familias, el respeto se traduce en escuchar las voces de los hijos y darles un espacio para expresar sus emociones. En las escuelas, se promueven proyectos donde los estudiantes investigan sobre otras culturas y presentan sus hallazgos para fomentar la empatía. En las empresas, los equipos diversos —donde conviven personas de distintas edades, géneros y experiencias— generan soluciones más creativas y resilientes. En la política, las coaliciones que logran acuerdos entre partidos opuestos son prueba de que la tolerancia no es ingenuidad, sino madurez democrática.

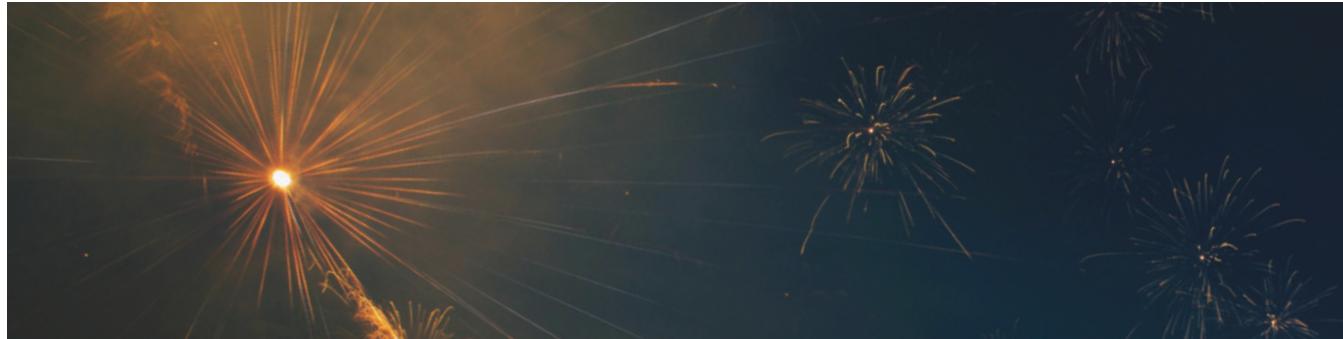
Como diría Emmanuel Mounier, “*El ser humano es un ser de relaciones. Solo existimos en la medida en que reconocemos y somos reconocidos. Respetar al otro es, en última instancia, respetarnos a nosotros mismos: es admitir que nuestra humanidad se amplía cuando permitimos que otras humanidades nos interroguen y nos transforme*”.

Respeto y tolerancia no son lujo morales: son las condiciones mínimas para que una sociedad pueda vivir en paz. Cuando los rompemos, aparece la violencia, el odio, la exclusión. Cuando los fortalecemos, florece la cooperación, la creatividad y el progreso.

En lo personal, creo que cada acto de respeto es un acto de fe en la humanidad. Cada vez que elegimos tolerar, estamos apostando por el futuro, por la posibilidad de una sociedad donde todos tengan un lugar. Costa Rica tiene la oportunidad de demostrar que la diversidad no es una amenaza, sino el mayor tesoro que tenemos. Si logramos vivir con respeto y tolerancia, podremos mirar a nuestros hijos y decirles, con orgullo, que hicimos de este país un espacio donde todos caben.

En palabras del mexicano Carlos Llano, Filósofo, Empresario y Académico:

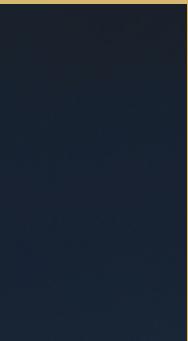
*“Dirigir con respeto  
y tolerancia no  
es debilidad, es  
la expresión más  
profunda de liderazgo  
ético y efectivo.”*



Capítulo 7

# Solidaridad y Cooperación

Cuando los Sueños  
se Vuelven Colectivos.



*‘ Debemos de ser solidarios con nuestros sueños, con los anhelos del corazón de cada uno de nosotros... no esperemos a que alguien haga algo por mí’.*

**Andrés Zamora, Motivador Costarricense**

La solidaridad es un acto de fe en el otro. Es la convicción de que la vida no puede vivirse en aislamiento, de que nuestro bienestar está íntimamente ligado al bienestar de quienes nos rodean. Desde niño he escuchado que “nadie se salva solo”, pero solo con el paso del tiempo comprendí la profundidad de esa frase: es un llamado a construir puentes donde otros levantan muros, a extender la mano aun cuando nadie nos lo pide, a sentir la alegría de saber que nuestra pequeña acción puede aliviar la carga de otro. La cooperación, por su parte, es el mecanismo que transforma esa intención solidaria en resultados concretos; es el arte de sumar esfuerzos para que el sueño de uno se convierta en la victoria de muchos.

Costa Rica tiene en su historia numerosos ejemplos de cooperación silenciosa, de manos que trabajan juntas sin buscar protagonismo. Pienso en las comunidades que se unen para reparar el puente del pueblo después de una tormenta, en las madres que se organizan para alimentar a decenas de niños en un comedor comunal, en los vecinos que limpian juntos el río que atraviesa su barrio. La verdadera fuerza de una nación no está en la abundancia de sus recursos, sino en la calidad de los lazos que unen a su gente. Emmanuel Mounier decía que la persona se realiza en relación con los otros; de nada sirve que coexistamos si no damos un paso más y elegimos colaborar, tejer una trama común donde cada hilo aporte color y resistencia.

La solidaridad no es un gesto aislado de generosidad esporádica, sino un compromiso permanente. Implica reconocer en el rostro del otro una parte de mí mismo, admitir que sus necesidades también me conciernen. El filósofo mexicano Carlos Llano Cifuentes recordaba que ninguna empresa, familia o comunidad puede sostenerse si sus miembros se limitan a perseguir intereses individuales. Su afirmación tiene una resonancia especial en nuestra época, marcada por el individualismo extremo y la cultura de la competencia. Practicar la solidaridad es rebelarse contra esa lógica que nos empuja a encerrarnos en nosotros mismos; es escoger conscientemente compartir el peso de la vida. Cooperar es coordinarse. Si la solidaridad es el motor emocional que nos impulsa, la cooperación es la estrategia que nos organiza para llegar a un destino común.

John Dewey, Pedagogo, Psicólogo y Filósofo Estadounidense en su reflexión sobre la democracia, advertía que la cooperación es el vehículo que convierte intereses dispersos en metas compartidas. Sin ella, la energía solidaria se dispersa y se agota. Con ella, logramos levantar proyectos que transforman la realidad: desde un pequeño comité de vecinos que se turna para vigilar la seguridad de la comunidad, hasta iniciativas internacionales que combaten el cambio climático o enfrentan pandemias.

La vida cotidiana ofrece múltiples escenarios donde estos valores se ponen a prueba. En la familia, la solidaridad se vive cuando los hermanos acompañan al que atraviesa un momento difícil, cuando se comparten los recursos y las responsabilidades sin medir quién dio más. En la escuela, los proyectos en equipo enseñan que el éxito del grupo depende de que cada miembro aporte lo mejor de

sí. En la empresa, los programas de voluntariado y las políticas de responsabilidad social convierten el lugar de trabajo en un agente de cambio. En la sociedad, las redes de apoyo comunitarias y la colaboración entre organizaciones no gubernamentales son un salvavidas para quienes de otra manera quedarían fuera del sistema.

Pero practicar solidaridad y cooperación no es siempre fácil. Vivimos en una época de tensiones crecientes. La desigualdad social erosiona la confianza y genera resentimientos que hacen más difícil la colaboración. El individualismo extremo y el consumo desmedido nos empujan a pensar que nuestros problemas son más importantes que los de los demás. Las crisis globales –pandemias, migraciones masivas, desastres climáticos– nos recuerdan que ningún país puede enfrentar solo estos desafíos, pero al mismo tiempo despiertan miedos y nacionalismos que cierran puertas. La polarización política y cultural fragmenta a las comunidades, envenena el diálogo y convierte a los que piensan diferente en enemigos a los que hay que derrotar.

Es en estos momentos donde la educación en valores se vuelve crucial. Paulo Freire insistía:

*“La educación debe formar personas capaces de acción ética y colaborativa”.*

No basta con transmitir conocimientos: debemos cultivar la empatía, enseñar a escuchar, a negociar, a resolver conflictos sin violencia. Las escuelas pueden convertirse en auténticos laboratorios de convivencia, donde los niños aprendan que cooperar no significa perder, sino multiplicar posibilidades.

La experiencia me ha enseñado que la solidaridad necesita ejemplos vivos. Los líderes políticos, empresariales y comunitarios tienen una responsabilidad inmensa: su forma de actuar marca el tono de toda la sociedad. Si desde las tribunas públicas se lanza insulto tras

insulto, si se normaliza la descalificación, el tejido social se desgasta y la cooperación se vuelve imposible. Necesitamos líderes que reconcilien, que convoquen a todos, que nos recuerden que las diferencias pueden ser fuente de creatividad y no de enfrentamiento.

También necesitamos historias que nos inspiren. Recuerdo la vez que un grupo de jóvenes en la zona sur del país organizó, con recursos mínimos, una campaña para recaudar útiles escolares para todos los niños de su comunidad. No eran políticos ni grandes empresarios, solo personas convencidas de que juntos podían marcar la diferencia. Aquella experiencia cambió no solo a quienes recibieron la ayuda, sino también a quienes participaron en la organización: descubrieron que la cooperación genera un tipo de felicidad que ninguna satisfacción individual puede igualar.

La solidaridad no puede excluir a nadie. Helena María Fonseca Ospina señala que una comunidad no puede considerarse justa si deja por fuera miembros de su población: el pluralismo enriquece y es condición indispensable para que la cooperación sea auténtica.

mantiene unida a la sociedad y evita que se fragmente bajo la presión de las crisis. Max Weber, sociólogo, economista, decía que la comunidad no se sostiene solo por leyes ni contratos, sino por un espíritu compartido de responsabilidad. Ese espíritu es el que debemos cuidar y alimentar.

Costa Rica ha demostrado en momentos críticos que su mayor fortaleza es la capacidad de unirse. Esa es la lección que debemos transmitir a las nuevas generaciones: que el futuro de nuestra nación dependerá de nuestra disposición para actuar juntos, para escucharnos, para ayudarnos mutuamente a cumplir nuestros sueños. Solo así podremos construir un país donde cada persona pueda florecer y donde la fuerza de la comunidad se convierta en nuestro mayor patrimonio.

Al final, la solidaridad y la cooperación no son meras virtudes opcionales. Son estrategias de supervivencia colectiva. Cuando las practicamos, convertimos la diversidad en riqueza y transformamos las acciones individuales en logros comunes.

Son el pegamento invisible que





The background of the image features a vibrant, abstract design. It consists of several concentric, radiating bands of color, transitioning smoothly from blue and purple on the left to red and orange on the right. Overlaid on this colorful base are large, white, bold numbers. On the left, a '0' is partially visible. On the right, a '2' is prominently displayed, with its top curve and a significant portion of its body visible. The overall effect is dynamic and modern.

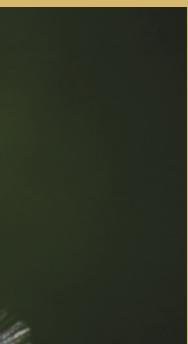
*Aplicaciones Prácticas y Sociales*



Capítulo 8

# Familia y Educación

Las Raíces del Árbol Social.



*“El hogar enseña lo que la escuela recuerda: que la justicia, la responsabilidad y el amor al otro no se aprenden solo con lecciones, sino con ejemplos de cada día”.*

**María Eugenia Venegas Renauld, Educadora Costarricense**

La familia es la primera escuela del corazón. Allí, antes de que aprendamos a leer o escribir, nos formamos en el lenguaje de las miradas, en el código silencioso del afecto y la disciplina. Cada gesto, cada palabra, cada límite trazado en la infancia se convierte en una lección que acompaña toda la vida. Por eso digo que el hogar es la tierra donde se siembra la semilla de los valores: si esa tierra es fértil y amorosa, el árbol que crece será fuerte y dará sombra y frutos; si es árida o descuidada, la vida adulta se convierte en un terreno difícil de cultivar.

La educación formal, por su parte, es el río que riega esa semilla y la ayuda a crecer. La familia enseña a dar los primeros pasos, pero es en la escuela donde aprendemos a caminar junto a otros, a convivir con quienes no comparten nuestra sangre, a entender que el mundo es más amplio que el pequeño círculo del hogar. La familia nos da raíces; la educación nos da alas. Ambas son indispensables para que el ser humano se convierta en ciudadano, para que el individuo se convierta en persona social.

Cuando digo que la familia es el primer laboratorio de valores, no es una metáfora vacía. Allí se experimenta la justicia, cuando los padres reparten el tiempo y la atención entre sus hijos. Allí se aprende la equidad, cuando las tareas de la casa se distribuyen de manera que cada uno aporte. Allí se cultiva la responsabilidad, cuando los niños comprenden que su palabra y sus acciones tienen consecuencias. Y allí también se aprende la solidaridad, en la forma más pura: compartir un juguete, consolar al hermano que llora, ayudar en silencio cuando alguien está cansado.

## *No hay identidad sin el espejo de los otros.*

**Emmanuel Mounier,**  
**Filósofo Francés atento a la**  
**Problemática Social y Política.**

Sin embargo, la familia no es suficiente por sí sola. El mundo de hoy es más complejo que nunca, y por eso la educación formal se convierte en un puente entre lo privado y lo público. Platón y Aristóteles ya entendían que el fin de la educación era orientar el carácter hacia la virtud. Dewey veía la escuela como un laboratorio de democracia, un espacio donde los

niños pudieran ensayar, en pequeño, lo que luego vivirían en la sociedad. Paulo Freire decía que educar no es llenar un recipiente vacío, sino despertar la conciencia crítica, formar personas capaces de actuar con ética y libertad. Y Martha Nussbaum nos recuerda que el pensamiento crítico y la empatía no son lujo intelectuales, sino herramientas de supervivencia para la convivencia pacífica.

Cuando familia y escuela trabajan en armonía, se forma un círculo virtuoso. La familia siembra, la escuela cultiva; la familia enseña el respeto íntimo, la escuela enseña el respeto por la diversidad; la familia muestra el valor del trabajo, la escuela muestra su impacto social; la familia nutre el carácter, la escuela lo somete a la prueba de la realidad. Pero cuando una de las dos falla, el resultado puede ser doloroso: familias que descuidan la educación moral producen ciudadanos que conocen fórmulas y datos, pero no saben distinguir el bien del mal. Sistemas educativos que ignoran a la familia producen teorías desconectadas de la experiencia real del niño.

Hoy enfrentamos desafíos inéditos. La migración y la fragmentación familiar modifican las formas de convivencia: hay hogares monoparentales, familias extendidas, niños criados por abuelos o tíos. Esto no es una tragedia, pero sí un llamado a repensar cómo transmitimos valores. La tecnología introduce mensajes contradictorios, a veces violentos o vacíos, que compiten con la voz de los padres y maestros. La cultura del consumo y el éxito rápido amenaza con volver obsoletas virtudes como la paciencia y la cooperación. Y las desigualdades sociales hacen que, para algunos niños, la educación de calidad sea un privilegio y no un derecho.

No podemos ignorar estos retos. Reforzar la participación de la familia en la educación es tan urgente como garantizar que la escuela sea un espacio seguro y formador. Los programas de educación en valores deben ser más que discursos: deben ofrecer experiencias vivas de cooperación, proyectos que integren a estudiantes, padres y comunidades en un mismo esfuerzo. Las políticas públicas, por su parte, deben reducir las brechas que condenan a miles de niños a una educación insuficiente o a familias agobiadas por la pobreza.

A lo largo de los años he visto que las sociedades que prosperan son aquellas donde la familia no renuncia a su papel y la educación no olvida su misión. Cuando un niño ve coherencia entre lo que escucha en su casa y lo que aprende en la escuela, su brújula moral se fortalece. Cuando percibe contradicciones —cuando en la casa se predica respeto, pero en la escuela se normaliza el acoso, o viceversa— su sentido de justicia se confunde y se debilita.

La familia y la educación son las raíces del árbol social, y de su fortaleza depende el fruto que daremos como nación. Si queremos ciudadanos capaces de construir un país más justo, debemos cuidar esas raíces. Un hogar que enseña amor y una escuela que enseña libertad responsable son las mejores garantías de una democracia sólida.

Tenemos en nuestras manos una oportunidad histórica: renovar el pacto entre familia y educación, hacer de ambos espacios un sistema coherente

que forme personas íntegras, sensibles a las necesidades de los demás, capaces de participar en la vida cívica y de transformar su entorno. Esa es la tarea de nuestra generación: no dejar que el árbol se marchite, sino abonarlo cada día, para que sus ramas puedan cobijar a los que vienen después de nosotros.





Capítulo 9

# Ciudadanía y Democracia

**La Ética como Práctica Diaria.**



*“Particularmente para nuestra juventud, es tiempo de valorar lo que tenemos y fortalecerlo a través de esta herramienta maravillosa llamada voto. Cada participación es un acto de responsabilidad y compromiso con nuestra democracia”.*

**Ricardo Salazar, Pastor Costarricense**

Recuerdo con claridad una mañana de domingo en mi infancia, caminando por las calles empedradas del centro de San José, mientras mi madre me llevaba de la mano a la escuela electoral. Aquel día no solo se trataba de un acto cívico: era una lección de vida que ella impartía con la paciencia que caracteriza a quienes entienden la importancia de la coherencia ética. Mi hermano y yo escuchábamos atentos mientras explicaba que el voto no era un privilegio abstracto ni un trámite burocrático, sino la manifestación tangible de la libertad y la responsabilidad ciudadana. Cada paso hacia la urna era una invitación a comprender que la democracia no se construye únicamente con leyes, sino con la práctica diaria de valores como la honestidad, la solidaridad y la tolerancia.

Con el tiempo comprendí que esa caminata no era un hecho aislado; era parte de un entramado de experiencias que modelaron mi comprensión de la ciudadanía. En las conversaciones familiares, en los consejos vecinales y en los primeros debates escolares, empecé a percibir que la democracia es mucho más que un sistema electoral. Es un estilo de vida, un conjunto de prácticas éticas que se manifiestan desde lo íntimo hasta lo colectivo.

*"La ciudadanía responsable implica reconocer que nuestra libertad termina donde comienza la del otro, y que nuestra participación fortalece la cohesión social.*

**José Antonio Lozano, Doctor en Derecho**

de actuar. Aprendimos a dialogar con respeto, a escuchar sin interrumpir, a negociar soluciones que contemplaran las diferentes perspectivas. Esa experiencia me enseñó que la democracia no se limita al acto de votar: se practica en la cooperación cotidiana, en la capacidad de convertir la diversidad en fuerza colectiva.

La cultura cívica, comprendí, es un entramado de valores interrelacionados. Respetar la ley y las instituciones significa reconocer que las normas no existen para limitarnos, sino para protegernos a todos. Escuchar y tolerar implica aceptar la diferencia, comprender que las opiniones ajena enriquecen nuestro juicio y nos protegen de la polarización. La solidaridad, por su parte, se manifiesta en acciones concretas: ayudar a un vecino, colaborar en iniciativas comunitarias, participar en proyectos que beneficien a los más vulnerables. La honestidad es la base sobre la cual descansan la confianza y la legitimidad; sin ella, cualquier estructura institucional se vuelve frágil.

Robert Dahl, político estadounidense señalaba que la democracia requiere "ciudadanos activos y críticos", capaces de cuestionar con respeto y mantener el diálogo incluso ante discrepancias profundas.

Recuerdo otro momento decisivo en mi adolescencia, cuando participé por primera vez en un comité juvenil del barrio. Nuestro objetivo era mejorar la seguridad y la iluminación de las calles. Lo interesante no era solo la iniciativa, sino cómo se desarrollaba. Cada miembro del grupo venía de realidades distintas: algunos con familias numerosas, otros viviendo en hogares monoparentales, otros más con padres que apenas podían cubrir lo básico. Sin embargo, todos coincidíamos en la necesidad

La participación activa no solo fortalece la democracia; también moldea la convivencia social. En Puntarenas, una comunidad costera decidió crear un sistema de vigilancia y apoyo mutuo ante desastres naturales. Nadie recibía remuneración, nadie ocupaba un cargo formal. Simplemente comprendieron que proteger el barrio era un deber compartido. Aquella experiencia fue un testimonio vivo de cómo la ciudadanía responsable trasciende el voto: la ética se materializa en la acción, y la cooperación cotidiana refuerza la confianza entre los vecinos.

A lo largo de los años, he observado que la educación cívica, tanto en la familia como en la escuela, es decisiva para formar ciudadanos conscientes. Un niño que ve a sus padres cumplir normas, participar en la comunidad y valorar la opinión de los demás internaliza hábitos que luego aplicará al votar, debatir o liderar. Las escuelas que organizan simulaciones de gobierno estudiantil, proyectos de voluntariado o debates sobre problemas locales hacen tangible la democracia. Enseñan que la libertad conlleva deberes, que la justicia se construye colectivamente y que la responsabilidad personal se proyecta en el bienestar común.

Pero la democracia enfrenta desafíos contemporáneos complejos. La polarización política y social, la manipulación de emociones a través de discursos populistas y la desinformación que circula sin control en redes sociales debilitan la capacidad de juicio crítico. La apatía y el desinterés generan ciudadanos pasivos, incapaces de exigir rendición de cuentas o de comprometerse con la comunidad. La corrupción y la impunidad deterioran la legitimidad de las instituciones, fracturando el tejido social. Moisés Naím, periodista y escritor venezolano advirtió:

*“Cuando la ciudadanía deja de ejercer pensamiento crítico, los sistemas democráticos se vuelven vulnerables al autoritarismo”.*

Enfrentar estos desafíos requiere más que leyes y regulaciones: exige hábitos, prácticas y cultura. La ciudadanía se aprende primero en el hogar, con ejemplos concretos de coherencia ética; luego se refuerza en la escuela, mediante proyectos colectivos y experiencias de deliberación; finalmente, se consolida en la participación cotidiana en la comunidad y la vida política. Cada acción cuenta: desde ayudar a organizar un comité vecinal hasta fiscalizar la gestión pública o promover transparencia en un proyecto comunitario. La ética se ejerce y se enseña con la práctica, y solo así la democracia puede sostenerse y prosperar.

He conocido historias que ilustran esta idea con fuerza. En una escuela de Guanacaste, un grupo de estudiantes organizó un programa para reciclar y reutilizar desechos plásticos en colaboración con vecinos y pequeñas empresas locales. No era un proyecto con fines políticos ni lucrativos; era un compromiso con el entorno y con la comunidad. Los estudiantes aprendieron no solo a trabajar juntos, sino a responsabilizarse de sus actos, a comprender el impacto de sus decisiones y a valorar la cooperación como herramienta de transformación. Este tipo de experiencias son la base de una ciudadanía activa y responsable.

Los valores esenciales para la democracia —honestidad, justicia, equidad, respeto, tolerancia, solidaridad y responsabilidad— no funcionan de manera aislada. Se entrelazan como los hilos de un tapiz: si uno se rompe, la estructura completa se debilita. Cada encuentro, cada conversación, cada proyecto comunitario refuerza o debilita este tejido ético.

Pienso también en un proyecto comunitario en Limón, donde vecinos organizaron talleres de alfabetización y apoyo escolar para niños y adultos que no habían tenido acceso a educación formal. Lo notable no era solo el impacto inmediato: mejorar la lectura y escritura. Lo importante era que los adultos comprendían que su participación activa fortalecía la comunidad y que enseñar a otros era, al mismo tiempo, un acto de responsabilidad ética y cívica. La democracia se nutre de estos gestos cotidianos, que muchas veces pasan desapercibidos, pero construyen bases sólidas de cohesión social.

La reflexión filosófica también es crucial. Aristóteles afirmaba que la virtud se desarrolla en la práctica habitual, y esto aplica plenamente a la ciudadanía. La libertad sin responsabilidad no es democracia; la justicia sin solidaridad no es convivencia; el respeto sin acción es mera teoría. Cada decisión que tomamos en la vida cotidiana —desde cómo tratamos a nuestros vecinos hasta cómo participamos en iniciativas colectivas— es un ejercicio de democracia en miniatura.

La ética cívica no puede ser un lujo intelectual: debe ser un hábito, una práctica constante. La participación no termina con la urna; comienza en cada interacción, en cada decisión que afecta al otro. La solidaridad y la cooperación son imprescindibles, porque la democracia no es un acto individual, sino un proyecto colectivo que requiere compromiso continuo.

En conclusión, la ciudadanía responsable es la columna vertebral de la democracia. Sin ciudadanos que practiquen tolerancia, solidaridad, honestidad y responsabilidad, incluso las instituciones más sólidas pierden legitimidad y eficacia. La democracia no es un estado estático ni un privilegio abstracto; es un proceso dinámico que se sostiene en la coherencia ética de quienes la habitan. Cada acción cotidiana, por pequeña que parezca, es un ladrillo en la construcción de un país justo, participativo y humano. Solo transformando valores en práctica se garantiza que la libertad y la justicia sean realidades vividas y compartidas, y no meras palabras en un papel.

La historia de Costa Rica y de sus comunidades nos recuerda que la democracia se hace todos los días, con decisiones, con ética, con compromiso. Ciudadanos que actúan con responsabilidad, que dialogan con respeto, que se solidarizan con los demás y que asumen sus deberes fortalecen no solo instituciones, sino también la confianza colectiva, el tejido social y la esperanza de un futuro más equitativo. La democracia, finalmente, es la suma de nuestras acciones, de nuestra capacidad de vivir los valores éticos como estilo de vida, y de nuestra disposición a transformar cada acto cotidiano en una expresión de respeto, justicia y responsabilidad.



Capítulo 10

# Trabajo y Economía

**Dignidad, Esfuerzo y  
Responsabilidad Social.**



*“El trabajo no solo transforma la materia; transforma la vida y significa al ser humano cuando se ejerce con respeto, honestidad y responsabilidad”.*

**Claudia Dobles Camargo, Arquitecta y Promotora Social Costarricense**

Desde niño, recuerdo el aroma del café tostado en la cocina de mi abuela, mientras sus manos, curtidas por años de esfuerzo, llenaban tazas y preparaban el desayuno. Aquella escena sencilla me enseñó más sobre dignidad y trabajo que cualquier lección formal: entendí que el trabajo, lejos de ser una obligación, podía ser un acto de cuidado, de contribución al hogar y de respeto hacia quienes nos rodean. Con el tiempo comprendí que esta idea se expandía más allá de la familia: el trabajo es una forma de participación social, una manera de tejer vínculos y aportar al bien común.

La economía, muchas veces percibida como un conjunto de cifras o transacciones abstractas, es en realidad un entramado humano que refleja nuestros valores. Cada intercambio, cada esfuerzo, cada proyecto económico tiene impacto en la dignidad de las personas, en la cohesión social y en la posibilidad de construir sociedades inclusivas. Aristóteles ya nos recordaba que la riqueza no es un fin en sí mismo: su propósito es permitir el florecimiento humano y la vida en comunidad. En este sentido, el trabajo y la economía deben ser entendidos como instrumentos de desarrollo integral, no simples medios de subsistencia.

El concepto de dignidad en el trabajo no puede ser subestimado. La Encíclica *Laborem Exercens*, del Papa Juan Pablo II, enfatiza que:

*‘El trabajo es un bien del hombre, y no solamente un medio para alcanzar otros bienes’.*

Esta afirmación resuena con fuerza en nuestra realidad cotidiana: un trabajo digno reconoce al ser humano como protagonista, con derechos, oportunidades de crecimiento y reconocimiento de su aporte. La precariedad, la explotación o la desvalorización no solo dañan al trabajador, sino que erosionan la confianza social, fragmentan comunidades y dificultan la construcción de un futuro equitativo.

Recuerdo haber visitado un taller de carpintería en Cartago, donde cada trabajador, más allá de su salario, recibía respeto y oportunidades de aprendizaje. Allí se respiraba un aire distinto: la atención a los detalles, la disciplina y la ética en cada proyecto no solo producían muebles de calidad, sino que fortalecían la autoestima, la colaboración y la solidaridad entre compañeros. Esto enseña que la dignidad laboral no es un concepto abstracto; es palpable en el cuidado con el que se realiza cada tarea y en la manera en que se valora a cada persona como sujeto de derechos.

El esfuerzo personal, cuando se combina con ética y responsabilidad, se convierte en motor de transformación. Adam Smith, economista y filósofo, ya advertía que la actividad económica debía estar guiada por la ética y la simpatía: trabajar con honestidad y respeto hacia los demás no solo genera productividad, sino también cohesión social. Max Weber, al estudiar el “espíritu del capitalismo”, subrayaba que la disciplina y la responsabilidad individual son virtudes que trascienden lo personal, moldeando sociedades más justas y eficientes. Esta ética del desempeño nos enseña que el esfuerzo no es sacrificio vacío: es compromiso con la excelencia, con los demás y con la construcción de un entorno donde todos puedan prosperar.

La honestidad y la transparencia constituyen los pilares de la economía ética. Los mercados sólo funcionan cuando existe confianza. La manipulación de información, la evasión fiscal o la competencia desleal no solo dañan empresas, sino que socavan la legitimidad del sistema económico completo. Carlos Llano sostenía que la empresa es una comunidad de personas; dirigirla con honestidad significa guiar voluntades hacia un bien común, no solo acumular utilidades.

La ética en la economía, entonces, no es un accesorio opcional: es la condición que permite que la actividad productiva sirva al desarrollo humano integral.

Solidaridad y sostenibilidad son inseparables del trabajo y la economía. Cada transacción tiene un efecto social: los empleadores condicionan la vida de sus trabajadores, los consumidores influyen en la producción y las empresas afectan la sostenibilidad de comunidades enteras.

Helena María Fonseca Ospina y José Antonio Lozano Díez destacan que la equidad y la inclusión son indispensables: la economía debe generar oportunidades sin discriminación y respetar el entorno natural para garantizar que las generaciones futuras puedan también desarrollarse con dignidad.

Pienso en un proyecto en Limón, donde una cooperativa de pescadores decidió reorganizar su cadena de producción, priorizando la seguridad, la remuneración justa y la conservación ambiental. La transformación no fue solo económica: fortaleció la autoestima de los trabajadores, reforzó la cohesión social y generó un impacto positivo en toda la comunidad. La innovación, en este sentido, no es únicamente tecnológica: es social y ética.

*“El poder económico puede inducir tentaciones de abuso; solo la ética, la transparencia y la responsabilidad permiten que la innovación se traduzca en progreso inclusivo y sostenible.*

**Ricardo Gerli, Químico**

El trabajo digno también está íntimamente ligado con la educación y la formación. Enseñar desde la infancia que cada acción tiene consecuencias y que la integridad es inseparable del esfuerzo prepara ciudadanos capaces de contribuir no solo a su bienestar, sino al de la sociedad. La escuela, la familia y la empresa deben funcionar como ecosistemas interconectados donde la ética, el respeto y la responsabilidad se practican cotidianamente. Sin este entramado, la economía puede generar riqueza, pero carecerá de justicia, solidaridad y sostenibilidad.

Un ejemplo que siempre me impacta ocurrió en un taller de confección en Heredia, donde un grupo de mujeres organizó cooperativas para acceder a mercados más justos. No solo aprendieron técnicas de producción, sino que internalizaron valores de colaboración, respeto mutuo y responsabilidad compartida. Cada prenda confeccionada representaba un esfuerzo colectivo, una inversión ética y una contribución al bienestar de sus familias y comunidad. Allí entendí que la economía, cuando se humaniza, es un acto de cuidado y dignidad.

El esfuerzo ético también fortalece la autoestima. Un trabajador que se siente valorado, que percibe que su desempeño tiene impacto en la comunidad y que sus derechos son respetados, desarrolla confianza en sí mismo y en los demás. Esta confianza se traduce en cooperación, innovación y resiliencia: virtudes indispensables en un mundo marcado por cambios rápidos, desigualdades persistentes y desafíos globales.

La responsabilidad social no se limita al sector privado. Cada ciudadano que participa en la economía —consumiendo con conciencia, respetando normas y ejerciendo transparencia en sus interacciones— contribuye a un tejido económico más justo y sostenible. La ética económica no es una obligación legal, sino un compromiso moral que asegura que el trabajo y los mercados cumplan su función: servir al ser humano y al bien común.

El desafío contemporáneo es integrar todos estos principios en la vida económica cotidiana. Desde la familia que enseña disciplina y respeto por el esfuerzo, pasando por la escuela que fomenta pensamiento crítico y conciencia ética, hasta las empresas y líderes que actúan con integridad, la sociedad debe generar ecosistemas de trabajo que dignifiquen al ser humano. Solo así, el trabajo deja de ser un medio de supervivencia y se convierte en expresión de humanidad, responsabilidad y esperanza.

El trabajo, en este sentido, es un puente entre el individuo y la comunidad. Cuando se realiza con respeto, esfuerzo ético y responsabilidad social, produce beneficios tangibles y profundos: consolida vínculos, fomenta cooperación, fortalece la cohesión social y promueve inclusión. La economía, vista desde este prisma, se convierte en un espacio de realización personal y colectiva, donde la prosperidad se mide no solo en riqueza, sino en la calidad de vida, en la justicia, en la equidad y en la capacidad de cada persona de contribuir al bien común.

No podemos olvidar la dimensión filosófica: Aristóteles, Weber y Smith nos enseñan que el trabajo tiene un sentido más allá de la producción: es un acto que forma carácter, fortalece ética y genera comunidad. Cada decisión ética tomada en el trabajo, cada esfuerzo realizado con respeto y cada iniciativa que considera la sostenibilidad, es un ladrillo en la

construcción de sociedades más justas. La economía humana, entonces, no se reduce a números: es la expresión de nuestra capacidad de convivir, cooperar y prosperar juntos.

En síntesis, el trabajo y la economía son reflejos de los valores que cultivamos como sociedad. La dignidad laboral, la ética del esfuerzo, la honestidad, la solidaridad y la sostenibilidad son condiciones indispensables para que la economía cumpla su función: servir al ser humano y al bien común. Por ello, la responsabilidad económica no es sólo empresarial: es un imperativo social y cultural.

El desafío actual es evidente: articular familia, educación, empresas y liderazgo en un sistema coherente de valores. Garanticemos que el trabajo sea digno, que el esfuerzo sea ético, que la innovación sea responsable y que la prosperidad se traduzca en bienestar colectivo. Esta es la forma en que el trabajo deja de ser mera actividad y se convierte en instrumento de realización humana, inclusión social y esperanza compartida. La economía que dignifica y respeta al ser humano no solo produce riqueza: produce justicia, comunidad y futuro.





**Capítulo 11**

# **Conectados con Conciencia**

**La Ética Digital  
como Reflejo de Nuestra Humanidad.**



*“La tecnología no es buena ni mala, depende de cómo la usemos. Si la usamos para bien, puede transformar el mundo; si la usamos para mal, puede destruirlo.”*

**Diego Buriticá, Fundador de Solve Next**

La luz azul de la pantalla tiene un brillo hipnótico en la madrugada y, sin embargo, no ilumina el alma, sino la impaciencia de nuestros hábitos. Reviso el teléfono por tercera vez en menos de una hora, un acto casi ritual que no obedece la necesidad sino la urgencia de sentirme conectado. No espero mensajes, no hay llamadas que atender y, aun así, la pantalla se convierte en un espejo donde busco algo que no sé nombrar. Un comentario, un “me gusta”, un compartido. Y detrás de cada notificación, siempre, siempre, una opinión. Es en esos minutos de insomnio digital donde comprendo que la tecnología, tal como nos dice Diego Buriticá, no tiene moral propia. Somos nosotros quienes la llenamos de intención, de ética o de frivolidad, de construcción o de destrucción.

Desde mis primeros días en línea, la fascinación era pura y lúdica: descubrir foros, chats y redes emergentes donde podía asomarme a mundos desconocidos y a pensamientos que jamás habría encontrado en mi barrio o en mis libros de juventud. Todo parecía posible. Todo era posible. Con el tiempo, esa emoción se diluyó entre la velocidad de la inmediatez, la superficialidad de los mensajes breves y la dispersión infinita de la información. Lo que antes nos acercaba, ahora a veces nos separa. Lo que nos conectaba, en esencia, a la diversidad del mundo, hoy nos encierra en burbujas, en cámaras de eco donde nuestra visión del otro se vuelve limitada, selectiva y muchas veces prejuiciosa.

En Costa Rica, la tecnología ha abierto ventanas impensadas. Niños de comunidades remotas pueden acceder a conocimiento que sus padres nunca imaginaron; jóvenes pueden conectarse con mentores, expertos y oportunidades que trascienden fronteras. La conectividad permite inclusión y democratización del conocimiento, pero también nos enfrenta a dilemas éticos que no existían cuando la información viajaba solo en papel. La desinformación, por ejemplo, ya no es un riesgo aislado; es un fenómeno que atraviesa la vida cotidiana. La Universidad de Costa Rica ha documentado cómo circulan en redes sociales cantidades enormes de contenido falso que confunden a la ciudadanía en momentos clave para la democracia. Pero no se trata únicamente de noticias incorrectas; se trata de la forma en que nuestros entornos digitales, definidos por algoritmos invisibles, limitan nuestra capacidad de ver, escuchar y comprender perspectivas distintas. La pluralidad se reduce a una apariencia de diversidad mientras que, en la práctica, crecemos dentro de una burbuja que reproduce nuestras propias ideas.

Este escenario nos invita a repensar la ética digital. No es suficiente ser honestos, respetuosos y responsables en el mundo tangible; esas cualidades deben trasladarse al mundo virtual, porque allí también dejamos huellas que afectan a otros. Cada mensaje que enviamos, cada comentario que hacemos, cada contenido que compartimos, moldea la percepción de quienes nos leen. No estamos solos, ni siquiera cuando creemos que estamos a solas detrás de la pantalla. Detrás de cada perfil, hay una persona con emociones, con sueños y con vulnerabilidades.

Reconocer esto es el primer paso hacia la ciudadanía digital responsable.

La responsabilidad digital no se limita a la prudencia individual. Es también un asunto colectivo. Debemos educar desde la infancia, enseñar a los niños y jóvenes a discernir, a analizar, a cuestionar. Los valores de respeto, solidaridad y verdad no deben ser consignas abstractas; deben integrarse en la práctica diaria de la interacción digital. Las escuelas, los hogares y los medios de comunicación tienen un papel fundamental: enseñar a verificar información, a confrontar la desinformación con rigor, a dialogar con quienes piensan distinto sin caer en la agresión ni en la descalificación.

Al mismo tiempo, las plataformas tecnológicas tienen que asumir un compromiso ético. No podemos delegar la moral solo en los usuarios. Las empresas que diseñan algoritmos de recomendación, sistemas de moderación y espacios de interacción, tienen una responsabilidad enorme. Garantizar privacidad, reducir la propagación de noticias falsas y promover entornos seguros no es solo un deber corporativo; es un deber social. La tecnología puede acercarnos, pero también puede aislarnos. Puede enriquecer nuestra humanidad, pero también deshumanizarla si no establecemos límites y criterios claros.

La reflexión filosófica se vuelve indispensable aquí. La forma en que nos comunicamos moldea no solo la información que recibimos, sino la manera en que pensamos, sentimos y actuamos. Cuando las plataformas nos enseñan a reaccionar de inmediato, sin pausa ni reflexión, nos acostumbramos a un pensamiento superficial y emocional. El desafío, entonces, es cómo recuperar la profundidad en la era de la inmediatez, cómo cultivar empatía cuando el estímulo constante nos empuja a la distracción.

Proponerse un comportamiento ético en la vida digital es también un acto de creación. No basta con no difundir falsedades; es necesario construir mensajes que sumen, que aporten, que fomenten el diálogo. Cada publicación puede ser una semilla de comprensión o de conflicto. Cada comentario puede acercar o separar. Podemos, y debemos, usar la

tecnología para amplificar los mejores valores humanos: la solidaridad, el cuidado, la justicia.

En la práctica, esto se traduce en hábitos conscientes. Leer más allá de los titulares, cuestionar fuentes, confrontar nuestras propias certezas antes de presionar “compartir”. Pero también significa generar espacios de conversación que incluyan diversidad, proteger la privacidad de otros, y exigir transparencia y responsabilidad a las plataformas que usamos a diario. La ciudadanía digital no es solo un concepto: es una práctica, una disciplina ética que se entrena con constancia.

Costa Rica, con su historia de democracia y de construcción social basada en valores, podría liderar un modelo de ciudadanía digital responsable. Las políticas públicas podrían fomentar educación digital desde edades tempranas, la formación de docentes especializados y la creación de campañas que promuevan reflexión y ética en la red. Pero sobre todo, cada persona tiene un papel insustituible: elegir cómo participar, cómo interactuar, cómo construir comunidad, incluso en el espacio intangible de lo virtual.

A medida que escribo estas palabras, reflexiono sobre la paradoja de la tecnología: nos conecta y nos separa al mismo tiempo. Nos ofrece infinitas oportunidades de crecimiento y, sin embargo, nos enfrenta a los límites de nuestra propia conciencia. La ética digital es, entonces, un espejo: si cultivamos respeto, curiosidad y solidaridad en línea, esos mismos valores se fortalecen en nuestra vida cotidiana. Si cedemos a la superficialidad, al juicio apresurado o a la intolerancia, la sociedad entera lo siente.

Apagar el teléfono no es un gesto de desconexión, sino de reconexión. Reconexión con uno mismo, con la reflexión profunda, con la humanidad que subyace detrás de cada interacción digital. La tecnología no es un enemigo; es un espejo que refleja nuestros valores, nuestras prioridades y nuestra capacidad de empatía. Elegir bien cómo usarla es un acto de responsabilidad y de esperanza.

En última instancia, el mundo digital puede ser un lugar de encuentro

y de aprendizaje, de diálogo y de creatividad, si cada uno de nosotros se compromete con la ética como guía. La educación en valores digitales, la disciplina del pensamiento crítico, la práctica de la empatía virtual, son la llave para construir un entorno digital donde el respeto y la solidaridad sean más fuertes que la desinformación y la polarización.

Apago la luz de la pantalla. La habitación vuelve a la oscuridad, pero mi conciencia está encendida. Siento que no estoy solo. Estoy conectado con aquellos que, al igual que yo, eligen hacer de la tecnología un instrumento de bien. La ética digital, más que una obligación, es un acto de humanidad compartida. Y sé que, si cada uno aporta su pequeño esfuerzo, podemos construir un mundo digital que sea reflejo de nuestra mejor humanidad, un mundo donde la tecnología amplifique la justicia, la empatía y la solidaridad, en Costa Rica y más allá de nuestras fronteras.



Capítulo 12

# Sembradores del mañana

**Jóvenes, Valores  
y la Construcción de un Futuro Ético.**



*“Sembrar valores en la juventud es plantar raíces profundas: solo así podrán crecer líderes conscientes, capaces de transformar su entorno con respeto, justicia y empatía”.*

**Silvia Muñoz, Coach**

Recuerdo los días en que caminaba por los pasillos de mi antigua escuela en San José, observando a los jóvenes con la intensidad de quienes aún creen que el mundo puede transformarse. Sus risas llenaban los patios, sus preguntas desbordaban los salones y, sin saberlo, ya eran sembradores de futuros que apenas empezaban a imaginar. Cada generación hereda un terreno labrado por quienes vinieron antes, y sobre ese terreno crecen sus oportunidades, sus dudas y sus responsabilidades. Hoy, mientras observo a los jóvenes costarricenses enfrentarse a un mundo globalizado, cambiante y a veces incierto, entiendo que la educación en valores no es un lujo ni un accesorio de la enseñanza: es la semilla que determina si ese terreno será fértil o estéril.

La primera vez que vi a una estudiante del Caribe costarricense presentar un proyecto sobre sostenibilidad ambiental, comprendí la magnitud de esta responsabilidad. No hablaba solo de reciclaje o plantación de árboles; hablaba de justicia, de respeto por la diversidad de su comunidad, de compromiso con el país y con su planeta. Allí estaba la evidencia de que los valores no son meras palabras. Son herramientas esenciales que orientan decisiones, proyectan proyectos de vida y construyen sociedades más justas y sostenibles. Pero, al mismo tiempo, los desafíos son enormes. La desigualdad persiste, las oportunidades no se reparten equitativamente y la crisis climática amenaza el legado de generaciones enteras. La globalización y los cambios tecnológicos aceleran todo, haciendo que la brújula moral sea más necesaria que nunca.

La desigualdad, tan visible en nuestra América Latina, no perdona ni al talento ni al esfuerzo. En Costa Rica, las brechas entre quienes acceden a educación de calidad, tecnología y redes de oportunidad, y quienes quedan al margen, muestran un reflejo duro de nuestra realidad social.

Aristóteles nos recuerda que la justicia consiste en dar a cada quien lo que le corresponde, equilibrando intereses individuales y el bien común. Para los jóvenes, esto significa comprender la importancia de la equidad y comprometerse con acciones que promuevan inclusión, acceso igualitario y oportunidades de desarrollo para todos. Es en este ejercicio de conciencia donde los valores se hacen tangibles, donde la educación y la acción se encuentran.

La educación es más que un puente entre generaciones; es la matriz donde se forman ciudadanos conscientes. Paulo Freire insistía en que educar es liberar, y Martha Nussbaum subrayaba que la educación debe cultivar la empatía, la reflexión crítica y la sensibilidad hacia los demás. Enseñar hoy no es transferir información; es formar mentes capaces de enfrentar dilemas complejos y corazones

preparados para actuar con ética. He visto en talleres, cómo los jóvenes que aprenden sobre pensamiento crítico y habilidades socioemocionales desarrollan no solo conocimiento, sino también coraje para actuar con justicia, solidaridad y respeto. La educación integral no solo abre puertas: transforma la manera de mirar el mundo y de interactuar con él.

En Costa Rica, los retos ambientales han dejado de ser abstractos. La pérdida de biodiversidad, la contaminación de ríos y mares, y el cambio climático afectan directamente la vida cotidiana. Expertos en sostenibilidad advierten que la conciencia ambiental no puede ser una asignatura opcional; debe impregnar todas las decisiones. Recuerdo la primera vez que participé en la reforestación del Refugio Nacional de Vida Silvestre, observando a un grupo de jóvenes plantar árboles con manos temblorosas pero decididas. Cada semilla era un acto de ética concreta, un mensaje silencioso de responsabilidad hacia el planeta y hacia las futuras generaciones. La sostenibilidad no es una idea distante: es un valor que se practica, se mide y se siente.

La tecnología añade otra capa de complejidad. Inteligencia artificial, automatización y digitalización transforman nuestro mundo a pasos vertiginosos. La pregunta no es si los jóvenes deben dominar estas herramientas, sino cómo aprender a usarlas con ética y propósito. José Antonio Lozano lo resume bien:

He visto estudiantes programar aplicaciones que facilitan el acceso a educación para comunidades rurales; he visto otros ser víctimas de manipulación de información por desconocer la veracidad de lo que consumen en línea. La diferencia entre beneficio y daño depende de la conciencia ética y de la educación en valores.

*“La ética de la responsabilidad debe acompañar cualquier avance tecnológico”.*

La participación cívica y el liderazgo ético son igualmente esenciales. Costa Rica ha sido ejemplo de democracia en la región, pero esta se fortalece solo cuando los ciudadanos ejercen sus derechos con responsabilidad y respeto. Los jóvenes tienen el poder de moldear el futuro político y social, de crear empresas y movimientos que sean motores de inclusión y desarrollo. El liderazgo ético combina visión, creatividad y compromiso con la justicia. He acompañado jóvenes que, con sus proyectos comunitarios, han demostrado que la innovación y la solidaridad no son opuestas, sino

complementarias.

Cada generación enfrenta dilemas únicos, pero también cada generación posee recursos inéditos para superarlos. La interdependencia entre lo social, lo educativo, lo democrático y lo ambiental requiere que los jóvenes actúen con valores sólidos, que la honestidad, la solidaridad y la responsabilidad guíen sus decisiones.

Recuerdo una tarde en un pequeño cantón de Guanacaste, caminando con un grupo de estudiantes por un río que había sido contaminado por desechos plásticos. Vi cómo discutían estrategias para limpiar, reciclar y sensibilizar a su comunidad. Su entusiasmo era contagioso, y comprendí que los valores, cuando se practican, tienen poder transformador. No es suficiente hablar de justicia, respeto o sostenibilidad: es necesario vivirlos, enseñarlos y transmitirlos.

En definitiva, el desafío histórico de los jóvenes del siglo XXI no consiste solo en sobrevivir a un mundo cambiante, sino en integrar los valores en cada acción, desde la intimidad de sus decisiones diarias hasta la influencia que ejercen sobre su comunidad y su país. El éxito de la humanidad dependerá de su capacidad para mantener viva la llama de la ética, la solidaridad, la justicia y la dignidad. Cada joven que aprende, actúa y lidera con valores siembra la posibilidad de un mundo más humano y equitativo, un futuro donde la educación, la tecnología, la democracia y la sostenibilidad convergen en armonía.

Camino por los pasillos de aquella escuela en San José, recordando aquellas risas y preguntas que alguna vez escuché. Veo ahora a los jóvenes como guardianes de un legado que nos pertenece a todos, y comprendo que la verdadera herencia no son los bienes materiales ni las estructuras que dejamos atrás, sino los valores que conseguimos transmitir y hacer vivir. Ellos, los jóvenes de hoy, son los sembradores del mañana, y su ética, su conciencia y su compromiso son la esperanza tangible de que Costa Rica y el mundo pueden ser más justos, solidarios y sostenibles.





The background of the image is a vibrant, abstract design. It features a series of concentric, radiating bands of color that transition smoothly from one hue to another. The colors include shades of blue, purple, pink, yellow, orange, and red. The bands are slightly blurred, giving the impression of motion or light passing through a prism. The overall effect is dynamic and energetic, suggesting themes of diversity, innovation, or global reach.

*Reflexión y Proyección*

03



Capítulo 13

# Hilos de Fraternidad

Construir Comunidad  
desde el Amor al Prójimo.



*“Amar al prójimo se refleja en las acciones más pequeñas: escuchar, ayudar, comprender. Ahí se construye la verdadera fraternidad”.*

**Jessica Almánzar, Mamá Influencer de @Lucky\_Sebas**

Recuerdo la primera vez que caminé por las comunidades de Guanacaste, viendo cómo vecinos que apenas compartían un pasillo se reunían para resolver problemas colectivos. No había discursos políticos ni pancartas; había colaboración silenciosa, respeto mutuo y una sensación tangible de cuidado. La fraternidad no es un concepto abstracto, sino un acto cotidiano que se manifiesta en el apoyo, la escucha y la empatía hacia el otro. Desde esa experiencia, he comprendido que la fraternidad es la argamasa de la sociedad: mantiene unidos los valores de libertad, justicia y solidaridad.

La fraternidad es más que un gesto amable; es un compromiso activo con la dignidad de los demás. Tocqueville ya señalaba que la cooperación voluntaria era la base de la democracia, y hoy podemos ver ecos de esa verdad en Costa Rica. Los movimientos comunitarios que impulsan educación, sostenibilidad ambiental y derechos de grupos vulnerables muestran que la fraternidad se traduce en acción concreta, en redes de apoyo que superan diferencias y fortalecen la convivencia. Cada acto de solidaridad es un hilo que teje la cohesión social, y sin esos hilos, la comunidad se fragmenta en aislamiento y desconfianza.

El amor al prójimo, inseparable de la fraternidad, tiene un alcance ético que trasciende la caridad superficial. No se trata de dar por obligación ni de esperar recompensa, sino de reconocer la dignidad del otro y actuar para su bienestar. En San José, conocí a un grupo de jóvenes que organizaba talleres para enseñar lectura y escritura a personas adultas que habían quedado fuera del sistema educativo. No había dinero, ni fama, solo un compromiso silencioso con la justicia y la equidad. El amor al prójimo se refleja en la empatía, la responsabilidad y la práctica de la justicia cotidiana. Varios filósofos contemporáneos subrayan que la empatía es la base de una sociedad inclusiva: solo quien se pone en el lugar del otro puede diseñar políticas, instituciones y comunidades que sean verdaderamente equitativas.

La cohesión social no surge por casualidad; se construye con valores compartidos que sostienen la confianza, el respeto y la cooperación. Hoy, investigaciones sociológicas confirman que sociedades con altos niveles de confianza interpersonal son más resilientes frente a crisis y más capaces de enfrentar desigualdades persistentes. Una comunidad empresarial ética, una familia que transmite valores sólidos y una educación que fomenta justicia y respeto son las bases de sociedades capaces de prosperar en tiempos de cambio.

La fraternidad se extiende también al compromiso cívico. Participar en la vida de la comunidad, involucrarse en procesos democráticos y colaborar en iniciativas colectivas son expresiones de amor al prójimo que fortalecen la cohesión social. Habermas, filósofo y sociólogo alemán ha insistido en que la deliberación pública y el diálogo son esenciales para transformar la solidaridad en acción política efectiva.

En un mundo donde la polarización, la desinformación y la fragmentación amenazan la convivencia, la fraternidad se convierte en una fuerza que construye puentes entre diferencias aparentemente irreconciliables.

Recuerdo otra experiencia en Limón, donde un grupo de vecinos de distintas culturas se unió para proteger un parque comunitario. Había resistencia inicial, pero con paciencia, diálogo y actos concretos de

cooperación, la comunidad logró organizar eventos culturales, limpieza del espacio y actividades educativas. Esa experiencia me enseñó que la fraternidad y el amor al prójimo requieren constancia y acción: no son ideales que se declaman, sino prácticas que se viven y se enseñan.

La fraternidad y el amor al prójimo fortalecen además la dimensión educativa. Escuelas y universidades que integran valores éticos en sus currículos no solo forman profesionales competentes, sino ciudadanos conscientes de su papel en la sociedad. Las aulas se convierten en espacios de cooperación, debate respetuoso y construcción de sentido común.

Cuando los jóvenes aprenden a valorar al otro, desarrollan la sensibilidad necesaria para enfrentar dilemas éticos, sociales y ambientales, convirtiéndose en agentes de cambio con visión integral.

Incluso en el ámbito empresarial, la fraternidad tiene relevancia práctica. Relacionarse con colegas con respeto, reconocer esfuerzos, colaborar en proyectos de impacto social y garantizar equidad en las oportunidades laborales son formas de vivir el amor al prójimo. Empresas que integran estos valores no solo mejoran su desempeño económico, sino que contribuyen a un entorno más humano y justo. La ética no es un añadido; es la estructura que sostiene la confianza y la cooperación, tanto dentro como fuera de la organización.

La metáfora más adecuada es la del tejido: la fraternidad y el amor al prójimo son los hilos que mantienen unidos todos los valores de una sociedad. Cada acción de cuidado, cada gesto de cooperación, cada decisión ética fortalece ese tejido, mientras que la indiferencia o la desconfianza lo debilitan. Sin esos hilos, la sociedad se fragmenta; con ellos, florecen comunidades resilientes, democráticas y humanas.

El impacto de la fraternidad se refleja también en el ámbito familiar. María Mora Esquivel, asesora familiar, insiste en que los valores de cuidado, solidaridad y respeto se transmiten desde la infancia. Cada gesto de comprensión, cada ejemplo de cooperación, cada conversación sobre ética en la familia actúa como semilla que crecerá en la adultez. La cohesión social comienza en los hogares, y luego se expande a la escuela, al trabajo y a la comunidad.

Cierro los ojos y vuelvo a aquella caminata por Guanacaste, al parque de Limón y a los talleres de San José. Siento que los actos de fraternidad, por pequeños que parezcan, tienen el poder de transformar la convivencia, la política y la economía, generando esperanza para el futuro. La fraternidad no es un lujo moral; es una necesidad práctica. Amar al prójimo es comprometerse con la humanidad, fortalecer la cohesión social y proyectar esperanza hacia un mañana más justo.

La persona se realiza plenamente en relación con los demás. La sociedad florece cuando sus miembros actúan con respeto, solidaridad y amor consciente. Y yo, mientras escribo estas reflexiones, comprendo que el hilo de la fraternidad atraviesa todo: conecta a familias, comunidades, empresas y naciones, recordándonos que la construcción de un mundo justo comienza en la práctica diaria del cuidado mutuo.





### Conclusión

# La Antorcha de los Valores

Una Costa Rica Inclusiva y Solidaria.



*“La inclusión no se decreta, se practica: es la coherencia de valores lo que mantiene a la comunidad unida”.*

**Juan Pablo de la Herran, Polítólogo y Abogado**

Caminar por Costa Rica es recorrer una geografía de esperanza y memoria, donde cada río, cada montaña y cada ciudad llevan consigo historias de solidaridad y resistencia. Y, sin embargo, más allá de sus paisajes, lo que sostiene la grandeza de nuestra tierra no son las piedras ni los árboles, sino los valores que habitan en quienes la cruzan cada día. La dignidad, la justicia, la libertad responsable, la honestidad, la solidaridad y el respeto no son meras palabras en un papel: son semillas que germinan en la acción, que crecen en los actos cotidianos y que, como raíces escondidas, sostienen la trama de nuestra sociedad.

Cerrar este libro no significa concluir un viaje, sino abrir una mirada que nos invite a vivir con más conciencia y con más intención. Porque los valores no se heredan de manera pasiva; se descubren en cada gesto, en cada decisión ética y en la forma en que nos relacionamos con los demás. Cada ciudadano es, por tanto, un faro que puede iluminar su entorno, y cada institución es un espejo donde se refleja la coherencia de nuestra vida colectiva. Costa Rica no es solo un territorio; es un compromiso ético, un proyecto que cada generación debe asumir con pasión y responsabilidad.

Los valores son silenciosos arquitectos de la sociedad. No se anuncian con estruendo, pero moldean el carácter de quienes los abrazan. La honestidad no es un acto aislado; es la disposición a vivir con transparencia, a mostrar el rostro íntegro de quien sabe que sus decisiones afectan a otros. La solidaridad no se limita a la caridad; es el reconocimiento profundo de que cada ser humano comparte la misma fragilidad y la misma necesidad de cuidado. La justicia no es un concepto legal, sino la manera en que equilibraremos nuestra libertad con la de los demás, recordando que ninguna sociedad puede sostenerse si deja a alguien atrás.

Cada acto de valores es un hilo en un tapiz que todavía se está tejiendo. Cuando un maestro enseña con paciencia y ética, está dejando que la semilla de la responsabilidad florezca en un niño. Cuando una empresa respeta a sus trabajadores y protege su entorno, está construyendo prosperidad que no opprime ni excluye. Cuando un ciudadano participa activamente en su comunidad, está practicando democracia, no como una obligación, sino como un arte de convivencia. Y en cada uno de estos gestos, la ética se vuelve tangible, la inclusión se vuelve posible, y el futuro se vuelve un terreno cultivable.

No podemos pensar en valores como islas aisladas; solo revelan su fuerza cuando se entrelazan. La libertad responsable encuentra su sentido en la justicia. La solidaridad se multiplica en la transparencia y la honestidad. El respeto no es completo si no se ejerce con equidad y atención al prójimo. Y así, el conjunto de valores crea un sistema vivo, dinámico, donde cada acción alimenta la confianza, la cohesión y la esperanza. Costa Rica no necesita discursos grandilocuentes; necesita ciudadanos que sostengan estos principios en sus manos y los conviertan en práctica diaria.

El futuro de nuestra nación no será entregado por instituciones ni por leyes; será construido por manos que sepan amar la ética, por corazones que comprendan la interdependencia de nuestra humanidad y por mentes que visualicen una sociedad inclusiva y justa como un proyecto colectivo y permanente. Cada gesto de respeto, cada acto de generosidad, cada decisión tomada con responsabilidad, es un ladrillo que fortalece el edificio de nuestra convivencia. Cada generación recibe esta antorcha, no para admirarla, sino para mantenerla encendida, para pasársela con cuidado y con orgullo al siguiente grupo de ciudadanos.

En la práctica, esto significa mirar nuestra vida cotidiana con nuevos ojos. Significa que la ética se convierte en el motor de la economía, la educación, la política y la comunidad. Que la fraternidad no es un ideal abstracto, sino un acto que se cultiva al tender la mano a quien lo necesita. Que la inclusión no es un mandato externo, sino un compromiso interior que guía la forma en que construimos nuestras ciudades, nuestras familias y nuestras relaciones profesionales.

Así como un río no puede fluir sin el cauce que lo guía, una sociedad no puede avanzar sin los valores que la estructuran. Y, como río, Costa Rica avanza si cada uno de sus ciudadanos entiende que su corriente es parte de un todo mayor, que su acción individual repercute en la vida de los demás y que su compromiso ético puede transformar paisajes enteros. La antorcha de los valores que hemos explorado a lo largo de este libro no es un objeto, sino un principio vivo: un llamado a ser mejores, a construir juntos y a mantener encendida la luz de la humanidad compartida.

*Vivir los valores es, entonces, una forma de poesía ética: un acto creativo que da forma a la sociedad y al futuro.*



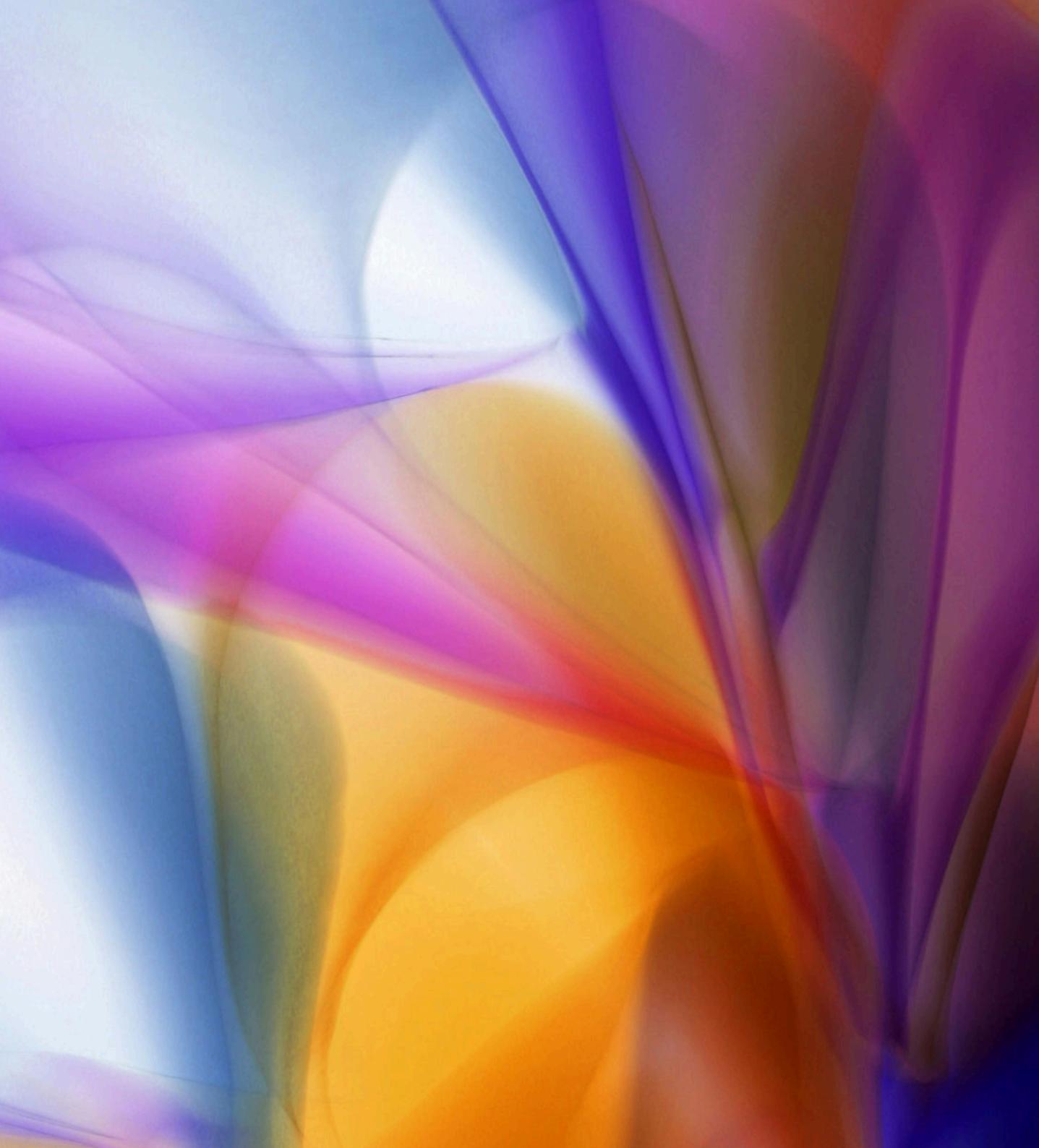


*“Los valores no se imponen: se siembran.  
Y cada acto de respeto, de justicia y de  
solidaridad es una semilla que germinará  
en el futuro que soñamos”.*



# **Reto Valores e Inclusión Social Siglo 21**

**Por: Jorge Woodbridge González**



CIUDADANOS COMPROMETIDOS

**RETO**  
**SIGLO**  
**21**

CON COSTA RICA

COSTA RICA:

# RETO SIGLO 21



En un tiempo de polarización, desconfianza y cambios acelerados, este libro es un llamado urgente a volver a lo esencial: los valores que sostienen la vida en comunidad. Jorge Woodbridge González nos invita a redescubrir la dignidad humana, la solidaridad, la justicia, la honestidad y el compromiso ciudadano como fuerzas capaces de transformar la sociedad. Este libro nos recuerda que sin valores no hay futuro compartido ni verdadera inclusión. Reto Valores e Inclusión Social Siglo 21 no es solo un libro: es una hoja de ruta para quienes desean ser agentes de cambio y dejar un legado de esperanza a las próximas generaciones.

Quienes deseen conocer a los participantes y escuchar esas conversaciones pueden visitar el sitio web [www.retosiglo21.org](http://www.retosiglo21.org) donde también se brinda información sobre esta importante iniciativa de ciudadanos comprometidos con la libertad, la democracia y el desarrollo humano integral.

JORGE WOODBRIDGE GONZÁLEZ

Ingeniero químico por la Universidad de Costa Rica, con estudios en Incae Business School y Ipadé. Fue director del ICT, viceministro de Economía (2006-2008) y ministro de Competitividad (2008-2010). Es asesor financiero, fundador del Banco de Fomento Agrícola y profesor en la UCR. Ha dirigido diversas empresas y asociaciones, y es autor de varios libros sobre economía y sociedad.